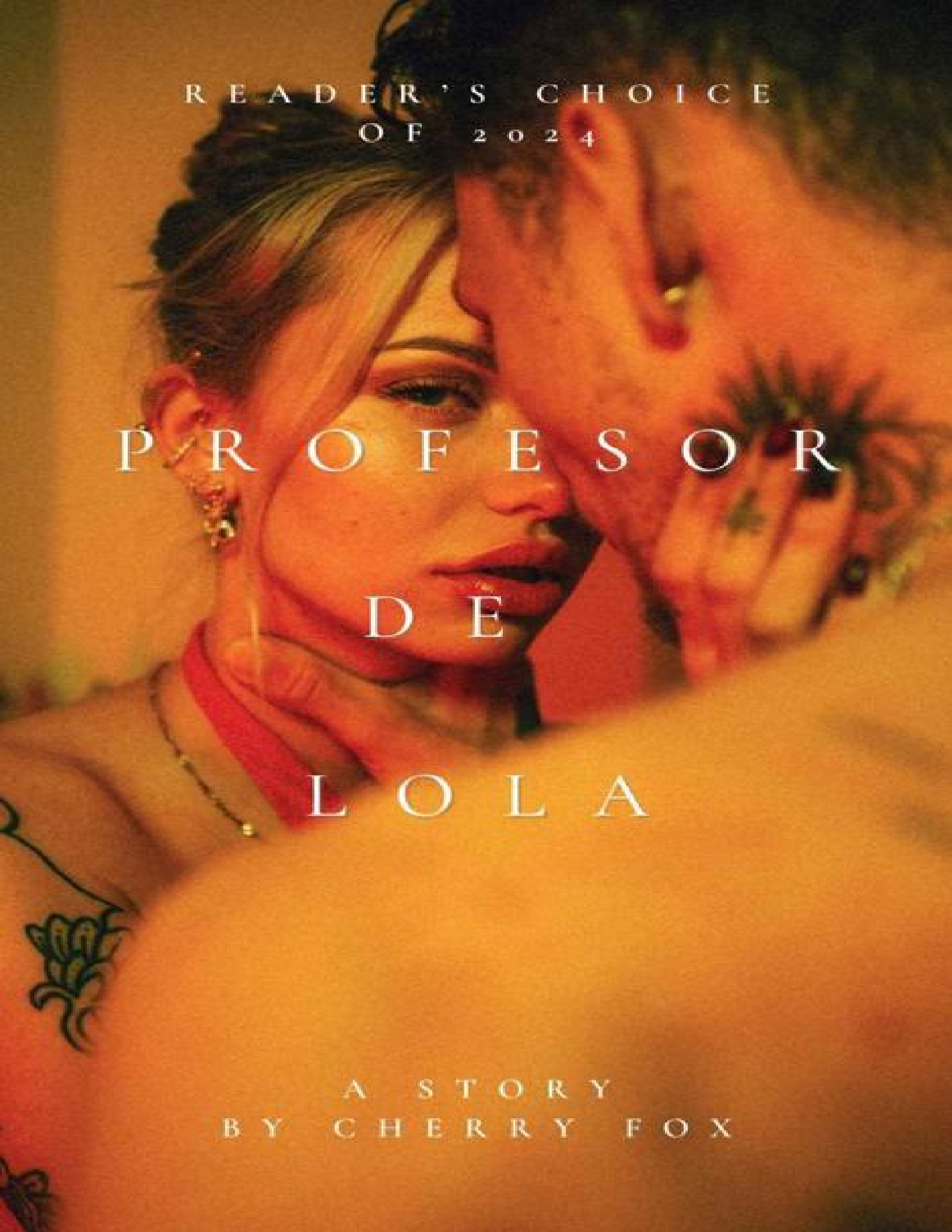




READER'S CHOICE
OF 2024

PROFESSOR
DE
LOLA

A STORY
BY CHERRY FOX



Profesor de Lola: Te llevaré a
nuevas alturas que nunca habías
imaginado

Si le han gustado mis libros, considere la posibilidad
de apoyar mi trabajo con una pequeña donación. Tu
generosidad me ayuda a seguir creando historias
que importan. Gracias ♥

[PayPal](#)

Copyright © 2024 por **Cherry Fox**

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, con la excepción del uso de breves citas en una reseña literaria.

Este libro es una obra romántica. Todos los nombres, personajes, lugares e incidentes son fruto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas, cosas, vivos o muertos, lugares o sucesos reales es totalmente accidental.

Habían pasado cuatro días y ya estaba harta de llorar por él. Cuatro días tumbada en la cama, sin apenas levantarme para dar de comer al gato, por no hablar de cocinar y ducharme. Cuatro días mirando fijamente a la pared donde había colgado estúpidamente la única foto enmarcada que teníamos juntos, la foto que él no había querido hacerse porque odiaba las fotos y odiaba la PDA. El resultado había sido una incómoda foto de "pareja" en la que yo sonreía demasiado para compensar el hecho de que él no sonreía en absoluto, con su brazo alrededor de mis hombros aplastándome sin entusiasmo a su lado. Cuando lo pensaba, los dos últimos años habían sido una completa mierda. Desperdiciados. ¿Por qué no le había dejado a los seis meses? ¿Por qué no le dejé cuando sospeché que se acostaba con cualquiera? Pero no. Estaba tan decidida a hacer que funcionara ("Las buenas relaciones requieren sacrificio, cariño", como solía decir mi madre) que había ignorado todas las señales de alarma. Mi propia voz interna de enfado se hizo eco de las crueles últimas palabras que Jay Maitland me había dicho entre caladas de un cigarrillo en el aparcamiento de Petco, mientras yo estaba allí de pie con lágrimas cayendo por mi cara sosteniendo una bolsa de comida para gatos. "¡Eres débil, Liz! Dios, dejaste que te pisoteara. ¡Claro que tenía que ver

hasta dónde podía llegar! Sabes lo de Heather desde hace semanas, vamos, no te hagas la sorprendida". Débil. Eso provocó un nuevo torrente de lágrimas. Supongo que no había terminado de llorar. "¡Sí que lo estás!" Sarah gritó desde la otra habitación. La hermosa, loca y fiestera Sarah Bak. Ha sido mi salvación en los últimos días. Venía por las noches para asegurarse de que comía algo que no fueran fideos ramen con sabor a pollo. Me sentía fatal sabiendo que se preocupaba por mí. Me sentía horrible en general. Sarah era la maestra de las rupturas. La había visto pasar por tres, y esa chica era la quintaesencia de las "rupturas de película". Se tomaba una copa de vino, se la bebía de camino a la discoteca y vomitaba todo al final de la noche como si estuviera purgando literalmente a su ex. Cuando la veía llorar, eran lágrimas de rabia. Se sentaba y decía: "Se dará cuenta de lo que se pierde. Se arrepentirá, joder. Mira como vuelve arrastrándose en un mes, Liz, ¡sólo mira!" Realmente, realmente deseaba poder hacer eso. Deseaba poder ver mi propio valor. ¿Qué tan triste es eso? Dios. "Vamos chica, levántate, sal de esa cama antes de que te atrofies". Abrí los ojos hinchados mirando a Sarah, que estaba de pie con los brazos cruzados sobre mí. Había entrado sola, como de costumbre, así que en realidad aún no la había visto, ya que había estado muy preocupada limpiando mi desastrosa cocina. Llevaba el pelo largo y negro recogido en una coleta alta, pestañas postizas y un vestido rojo corto sin hombros. Resoplé. Llevaba días con los mismos leggings de Victoria's Secret de hacía cinco años y la camiseta vieja de Jay. "¿Por qué te has arreglado tanto?". "Porque vamos a salir", dijo, echando hacia atrás mis mantas y luego yendo a mi armario, rebuscando entre las perchas. "Llevas demasiado tiempo en este apartamento. Esto no es sano, Liz. ¿Por qué estás triste? Sabes que ese tío era un gilipollas. Siempre fue un imbécil. ¿Dos años y ni siquiera conoció a tus padres? Vamos. Me incorporé y me di cuenta de que necesitaba una ducha. También necesitaba limpiar mi habitación: solo en la mesilla de noche había cinco tazas de té medio vacías. Me dirigí al baño y abrí el grifo al máximo. Justo por debajo del punto de ebullición, perfecto. Cuando me miré en el espejo, me sentí un poco horrorizada. Tenía bolsas oscuras bajo los ojos, parecía que había perdido dos kilos y medio y mi pelo castaño era un nido de ratas. "Contrólate, Lola", dije, frunciendo el ceño ante mi triste yo en el espejo. "Sarah tiene razón. Supéralo de una vez". El gel de baño y el agua caliente hacen maravillas. Para cuando me había secado y alisado el pelo, Sarah ya había elegido mi atuendo para la noche: un vestidito negro con un corte de tiras inspirado en un arnés alrededor del cuello y por encima del escote muy escotado. Me había hecho mucha ilusión cuando me dieron ese vestido y Jay lo había odiado. Dijo que me hacía parecer una guarra. Así que lo había guardado en el fondo de mi armario, sin usarlo. De hecho, aún tenía las etiquetas. Seguía siendo tan bonito como la primera vez que me lo probé. Me sentí como si pudiera ser una de esas chicas pervertidas del porno, pero con el culo demasiado plano y las tetas demasiado pequeñas. Hice una nota mental para comprarme un nuevo sujetador push-up lo antes posible. A Jay tampoco le habían gustado nunca. La chica por la que me había dejado era la reina de las faldas cortas y los grandes escotes. Cogimos un Uber en el centro, Sarah nos metió chupitos de vodka en una botella de agua de aspecto inocente. "¿A dónde vamos?" Le dije. "Sabes que mis clases empiezan mañana, ¿verdad? La verdad es que no puedo ponerme así". Me miró incrédula. "De verdad, Sarah, no puedo". "Vale, vale", dijo, haciendo un pequeño

mohín. "¡Iremos a Bailey's!" "Oh Dios, ¿Bailey's? Sarah eso es un bar de chicos de fraternidad..." "Sí, exactamente. Docenas de chicos cachondos de fraternidad que van a querer un trozo del culo caliente de Liz. Confía en mí. ¿Un poco de coqueteo, tal vez besarte con un extraño que nunca volverás a ver? Es bueno para tu autoestima". Estaba bastante segura de que se habían publicado estudios que decían exactamente lo contrario, pero daba igual. Ya estábamos allí y yo llevaba tres chupitos gracias al vodka de Sarah. El Uber nos dejó justo delante, donde por suerte no había cola. Sin embargo, el bar estaba lleno, en su mayoría universitarios que salían por última vez antes de que empezaran las clases. Sarah y yo nos abrimos paso hasta la barra, donde ella pidió por nosotros y me puso en la mano una bebida azul brillante en un vaso de plástico. "¡Adiós!", dijo alegremente, y se bebió la mitad de la suya antes de arrastrarme entre la multitud. En el sistema de sonido sonaba a todo volumen The Chainsmokers, una canción que me había gustado desde la primera vez que la escuché hasta que no pude encender la radio sin que sonara en todas las emisoras. Seguí a Sarah mientras veía a gente que conocía y me acercaba a saludarla, dando sorbos a mi bebida y sonriendo y asintiendo apropiadamente. Nunca sabía qué hacer en los bares. Las discotecas eran más fáciles, ya que podía bailar y fingir que me estaba desmayando si quería que alguien me dejara en paz. Por suerte para mí, Sarah acaparaba la mayor parte de la atención, así que me ahorraba tener que liarme demasiado hablando con desconocidos. La bebida también estaba haciendo efecto mucho más rápido de lo que esperaba. De repente todo me sentaba de maravilla. Simplemente genial. Por supuesto, Sarah se las arregló para engancharse a un tipo musculoso y desapareció en la pista de baile con él. "Ahora vuelvo", balbuceó. "Ahora vuelvo, Lizzy, quédate ahí". Me apoyé en la barra donde ella me había dejado, dejando mi copa vacía. Sentía la cabeza ligera y todo estaba un poco entumecido. Definitivamente borracha. Mierda. Un tipo se ofreció a invitarme a una copa, pero sinceramente se parecía demasiado a Jay. Le mentí y le dije que estaba esperando a que volviera mi novio, señalándole el baño. Y entonces lo vi. Estaba sentado en una de las pocas mesas altas y redondas del local, con la barbilla apoyada en el puño. Parecía como si lo hubieran sacado de una biblioteca y lo hubieran metido en un bar. Llevaba el pelo rubio oscuro despeinado, era delgado y tenía los pómulos tan afilados como para cortar a una chica. Maldita sea. Llevaba unas finas gafas plateadas en la nariz y... ¿estaba leyendo un libro? ¿En un bar? El licor me infundió valor y, respirando hondo, me acerqué. "Hola", le dije, intentando parecer informal y segura. Me miró sorprendido, como si hubiera olvidado que estaba en un lugar público. "Hola", dijo, con una leve sonrisa en sus labios perfectos. Dios mío. El licor también me estaba poniendo cachonda. "¿De verdad estás leyendo al Marqués de Sade?". dije, señalando con la cabeza el libro que tenía en las manos, Filosofía en el dormitorio. Se rió, mirando el libro como un poco avergonzado. "Sí, ahh", se encogió de hombros. "Las clases empiezan mañana. Tengo que estudiar. ¿Conoces a de Sade?". "He leído algunas de sus novelas cortas", le dije. "Es un cabrón muy retorcido". Eso le hizo reír. Me gustó cómo se le iluminaron los ojos cuando lo hizo. Asintió con la cabeza. "Sí, todavía no he podido leer 120 días de Sodoma. Es tan perturbador. Pero encuentro que la filosofía libertina, en general, es bastante interesante..." "Heeeeeyyyy, giiiiir!" Sarah de repente se envolvió a mi alrededor, abrazándome demasiado fuerte. Vaya, estaba borracha. Todavía tenía al chico guapo

con ella. Le hizo un gesto: "Este es Rich, por cierto. Oooh, y hola, ¿quién es este?". "Chris", dijo él, tendiéndole la mano. Ella parecía confusa, así que él volvió a decir su nombre, esta vez más alto. No creo que sirviera de nada, porque ella le llamó Caitlyn el resto de la noche. "Vamos, necesitamos más bebidas", dijo, tirando de mí antes de que su galán se acercara a la barra. No creía que necesitara otra copa. Definitivamente no necesitaba ninguna. Miré a Chris con un poco de impotencia. "¿Quieres una copa?" le dije. Se levantó de su asiento, metiéndose el libro bajo el brazo. "¿No debería pedírtelo yo? Yo invito". Sarah estaba bebiendo algo rosa con una cereza dentro. El tío cachas le preguntaba si podía hacer un nudo en el rabito de una cereza con la lengua. Ahora que estaba de pie, me di cuenta de lo alto que era el tal Chris. No era musculoso, pero estaba bien construido, delgado y largo. Como un pianista, o un pintor, o algo romántico como eso. Dios mío. Realmente no necesitaba otro trago. "Tomaré un Old Fashioned", dijo Chris, antes de volverse hacia mí. "¿Qué te apetece?" "Lo mismo que tú". Estaba arrastrando las palabras. Maldita sea. Frunció el ceño. "¿Estás segura?" No lo estaba. Pero dije que lo estaba. Mi capacidad para formar recuerdos a corto plazo durante el resto de la noche fue horrible. Recuerdo que sonaban muchas canciones de los 80. Recuerdo que descubrí que el Old Fashioned sabía horrible, así que Chris terminó el mío por mí. Tengo un vago recuerdo de haberme acostado con él al ritmo de Pour Some Sugar On Me, de Def Leppard. Luego estábamos en la acera. Tenía los tacones en la mano porque me dolían mucho los pies y le decía a Chris que podía volver andando a mi apartamento porque sólo estaba a dos manzanas. Sarah había conseguido un Uber con un hombre cachas, pero no importaba porque yo conocía esta ciudad como la palma de mi mano y podía caminar dos manzanas a la 1 de la mañana sin problemas. Chris consiguió un Uber. "No te perderé de vista", dijo, ayudándome a subir al coche sin golpearme la cabeza. "Bien, no te perderé de vista", le dije. No estaba muy segura de lo alto que estaba hablando. Chris tenía una sonrisita divertida en la cara, pero aun así sentí que debía disculparme. Tuve hipo. "Lo siento. Lo siento, Chris". Parecía realmente preocupado. "¿Por qué? Me doblé en el asiento. Pensé en vomitar, pero decidí que no era una buena idea. "Es que estoy muy borracha", murmuré. Le oí reír. Eso me hizo feliz. "Lo sé. No te preocupes". Cuando llegamos a mi apartamento, sabía exactamente lo que quería. "Vas a subir, ¿verdad?" Dije, cuando el coche se detuvo en la acera. Negó rápidamente con la cabeza. "No es buena idea", dijo, pero sonó como si se arrepintiera de haberlo dicho. "Estás demasiado borracho". Fruncí el ceño y lo empujé suavemente. "No lo estoy. Sube. Sube. Tienes que verme al menos en mi apartamento, ¿verdad?". Chris se lo pensó un momento. Sus ojos, marrones oscuros como el chocolate, se endurecieron de repente al encontrarse con los míos. Casi... daban miedo. "Si subo", dijo lentamente. "No vas a poder dormir". Sonreí, como un niño en una tienda de golosinas. Le cogí de la mano y tiré de él mientras salíamos del coche. "Vamos. Dormir está sobrevalorado".

Había olvidado lo desordenado que estaba mi apartamento. Esperaba que Chris no se diera cuenta. Por suerte, se fijó en Charles, mi esponjoso gato blanco, y se detuvo para rascarle la barbilla. ¿Estaba bueno y le gustaban los gatos? Maldita sea. "¿Estás seguro de esto?", dijo, después de que hubiera conseguido llevarlo hasta el salón y

tuviere que sentarse en el sofá. "Estás muy borracho". No paraba de decir eso. Molesto. "Tú también estás borracho", le dije. Le había desenganchado el cinturón de los vaqueros y lo había sacado de las trabillas. Lo doblé y lo rompí, como una amenaza. "¿Te has portado mal?" Se inclinó, con los brazos a ambos lados contra el sofá, mirándome. "Oh, no, no, no. Has sido una niña muy traviesa". Oh. El calor floreció en lo más profundo de mí. Habría dejado caer el cinturón si él no me lo hubiera tendido. Lo puse suavemente en sus manos. ¿De verdad... de verdad iba a...? "Extiende las manos", dijo en voz baja, una orden que no podía desobedecer. Hice lo que me dijo y observé, ebria de perplejidad, cómo enrollaba el cinturón y formaba un par de esposas alrededor de mis muñecas. Sujetando el extremo suelto, tiró de mis manos atadas por encima de la cabeza. Sentí que su mano temblaba mientras me acariciaba la barbilla. "¿Aún te parece bien?", me dijo. "Porque realmente... realmente quiero hacerte cosas malas". Ni siquiera dudé. "Puedes hacer lo que quieras". La sonrisa que se dibujó en su cara era tan deliciosamente depredadora. Sentí que me encogía ante él, de repente pequeña e indefensa, su víctima voluntaria. Se tomó unos instantes para mirarme, y ver el aprecio en su mirada me hizo resplandecer. "Hmm", dijo, examinando las esposas. "Probemos algo diferente". Soltó las esposas, dejó el cinturón a un lado y me estrechó entre sus brazos, sus labios encontraron los míos en un beso profundo y apasionado. Sentí que me mordía el labio y luego su mano se enredó en mi pelo, me echó la cabeza hacia atrás y me desnudó la garganta en una sucesión de mordiscos y chupones en mi tierna piel. Jadeaba y me estremecía con cada caricia. Imaginé una de esas dramáticas portadas de libros románticos de Harlequin y me di cuenta de que me sentía como ellas. Me bajó la cremallera del vestido mientras me besaba y me lo quitó con dedos expertos. Una vez más, el aprecio con el que recorría mi cuerpo, deteniéndose en todos los lugares adecuados, me hizo estremecer. Metió el dedo bajo mis bragas, pero no me las bajó. Se mordía el labio, como si se resistiera. De repente me tumbó de nuevo en el sofá, de pie sobre mí, con el cinturón en la mano. "Enrolla las piernas hacia el pecho", me dijo. "Y junta las muñecas detrás de los muslos. Estaba un poco confusa, hasta que me puse en posición y empezó a esposarme las manos de nuevo. Me di cuenta de que en esta posición, todas mis partes más íntimas estaban perfectamente expuestas a él, y no podía hacer nada para cubrirlas con las manos atadas. La sensación de opresión y esclavitud me estaba volviendo loca. Empecé a gemir incluso antes de que me tocara. Sonrió y me pasó los dedos por detrás de los muslos. "¿Te gusta esto? "S-sí", tartamudeé. Tenía las bragas empapadas, una necesidad desesperada que me hacía doler y ahuyentaba la neblina de la borrachera que había nublado mis pensamientos. "Chris... ...por favor..." Se inclinó sobre mí, su rostro distaba mucho del discreto chico de biblioteca que había parecido en el bar. "¿Por favor, qué?", dijo, y sentí que sus dedos volvían a engancharse alrededor de mis bragas. Esta vez, sin embargo, las subió y presionó parte de ellas contra mis manos atadas. "Mantenlas fuera de mi camino", dijo. "Y trata de no hacer mucho ruido". Me besó por las piernas y me acarició el cuerpo con los dedos. Tenía la boca tan cerca que apenas podía soportarlo. Se me puso la carne de gallina. "Por favor..." Volví a gemir. De repente, su boca estaba sobre mí. Su lengua acarició cada pliegue, se burló de cada parte abrumadoramente sensible, de modo que todo mi cuerpo empezó a estremecerse y eché la cabeza hacia atrás mientras gemía de placer. Alternó suaves

succiones con precisas caricias con la lengua, aumentando tanto el calor en mí que me sentí a punto de explotar. Jadeaba y me sentía como si tuviera que esforzarme sólo para detener aquella provocación que parecía no tener fin. Sentí cómo se reía contra mí mientras tiraba del cinturón. "Eres muy sensible", me dijo. Se separó de mí un momento y se pasó la lengua por los labios. "Eres deliciosa, Liz. Cada vez que te retuerces te mojas un poco más". Me sentí como si debiera haberme sonrojado, pero todo el calor y la sangre que había en mí se centraban directamente entre mis piernas. Era lo único en lo que podía pensar. Deseaba tanto volver a sentir su lengua. "Más, por favor", gemí, contoneándome lo poco que podía con lo atada que estaba. Era tan frustrante no poder tocarlo, más aún cuando se desabrochó la camisa y la tiró a un lado, con su piel de porcelana salpicada de un ligero rastro de vello por el pecho y en una alegre estela hasta la ingle. Sentí sus dedos clavarse en mis muslos. La forma en que me miraba... Dios, era como si quisiera comerme viva. "Estoy tratando de ser suave contigo, Liz", dijo. "Pero todos tus ruegos lo están haciendo difícil". Se inclinó y susurró. "Quiero darte algo por lo que suplicar de verdad". Sentí sus dedos recorrer mis piernas, resbaladizos por la humedad. Rodeó mi clítoris, presionó y luego me penetró. Apreté la boca contra el grito de placer que quería salir, reduciéndolo a un llanto desesperado. Mis pies pataleaban sin control. Tenía una mano en mi pecho, sujetándome firmemente, observando mi cara con embelesada atención mientras acariciaba lentamente mi interior con el dedo. Lo sacó y volvió a introducirlo, esta vez con dos dedos. Chillé. "La próxima vez haré algo con todas estas patadas tuyas", dijo. "Tendré que enseñarte a quedarte quieta". La próxima vez. Santo cielo. Sus dedos seguían empujando a un ritmo tentadoramente lento y metódico, y luego cogió la otra mano y empezó a acariciarme el clítoris. Cada embestida me arrancaba un chillido y me sentía insoportablemente cerca... y más cerca... El orgasmo sacudió todo mi cuerpo. Cada parte de mí se contrajo y apreté desesperadamente la cara contra el sofá mientras gritaba. Él, cruel e insoportablemente, empujó más rápido mientras yo me corría, sacando mi grito con la precisión de un cirujano. Al oír que mi grito amainaba, retiró los dedos y los lamió lentamente, observándome mientras lo hacía. "Joder, Chris", exhalé. Ni siquiera podía formar frases coherentes. Apenas podía respirar. Vi cómo se levantaba del sofá y se desabrochaba los vaqueros. "Eso es exactamente lo que pienso hacer", dijo. Hizo una pausa de repente y dijo: "¿Tienes condones? No estaba exactamente... preparado para esto". "En el cajón de la cama", dije, un poco sin aliento y muy impaciente. Desapareció un momento en el dormitorio y volvió con el pequeño paquete azul en la mano. Se quitó los vaqueros y luego los calzoncillos. Estaba empalmado y listo, pasando el preservativo rápidamente por la punta. Cualquier esperanza que hubiera tenido de desatarme para esto se desvaneció cuando se colocó encima de mí y sentí la punta de aquella cosa gruesa rozando mi abertura. "¿Lista?", susurró. Gemí y asentí con la cabeza, y luego gemí aún más fuerte cuando me estiró; mis músculos, ya sensibles, se estremecieron ante la sensación y estuve a punto de correrme otra vez. Su cuidadoso control y su enloquecedora paciencia a la hora de complacerme desaparecieron: me penetró con una urgencia que me hizo apretar los dientes en una combinación de dolor y placer. Me rodeó la garganta con una mano, impidiéndome respirar, y con la otra siguió acariciándome el clítoris. Lo único que podía hacer era quedarme tumbada, gritando su nombre con creciente éxtasis, hasta que le

oí gemir y sentí cómo me penetraba aún más profundamente mientras llegaba al clímax. "Deberíamos llevarte a la cama", fue lo último que le oí decir mientras me quitaba el cinturón de las muñecas. El alcohol, la adrenalina y las hormonas me estaban afectando rápidamente. Apenas me di cuenta de que me había cogido en brazos y ya dormía como un bebé.

Me desperté con el despertador a todo volumen. Tuve que evitar la tentación de lanzar el teléfono al otro lado de la habitación para que se callara, ya que la cabeza me latía sin piedad con cada llamada. Gemí, me di la vuelta y metí la cabeza bajo la almohada. ¿Qué día era hoy? ¿Qué había pasado anoche? ¿Por qué había bebido tanto? Entonces un montón de información volvió a mi pobre cerebro empapado de alcohol. El bar. Chris. El cinturón. La forma en que su lengua había... oh, Dios. Era el primer día de clase. Intenté lanzarme fuera de la cama, pero la cabeza me daba vueltas y tuve que parar y quedarme sentada a riesgo de vomitar por toda la alfombra. Charles asomó la cabeza por la puerta con un poco más de..., probablemente preocupado porque aún no había desayunado esta mañana. "Lo siento, Charlie", gemí, sujetándome la dolorida cabeza. ¿Por qué había dejado que Sarah me convenciera para salir? Si no lo hubiera hecho, no me habría encontrado con Chris. No lo habría llevado a mi apartamento y no habríamos... Se me puso la carne de gallina al recordarlo. Maldita sea. Rara vez había conseguido llegar al orgasmo con Jay. De hecho, intentar correrme durante el sexo con él era más pesado de lo que merecía la pena, y a él nunca había parecido importarle lo más mínimo, así que normalmente lo fingía. Pero con Chris... ...maldita sea, no habría podido contenerme aunque lo hubiera intentado. Era como si mi cuerpo hubiera estado perfectamente bajo su control. Sólo de pensar en la forma en que me había atado, indefensa con las piernas en alto y expuesta a él, volvía a ponerme cachonda a pesar de la horrible resaca. Y había estado demasiado borracha para conseguir su número. Maldita sea. Fue entonces cuando me di cuenta de que mi mesilla de noche había sido misteriosamente vaciada de tazas. Sólo quedaba un vaso de agua fresca y una pequeña nota escrita a mano. Afortunadamente, me bebí el agua y la vacié por completo antes de coger la nota. Espero que esto te ayude con el dolor de cabeza. Gracias por una gran noche. Si quieres más como esta (cuando no tenga whisky-polla, ja), mándame un mensaje cuando quieras. El número de teléfono de Chris estaba garabateado en la parte inferior. El corazón me dio un vuelco. ¿Ese había sido el whisky-dick? ¿Cómo demonios era él normalmente? Me metí la nota en el bolsillo para ponerla en el móvil más tarde, sabiendo que se me acababa el tiempo. No podía llegar tarde el primer día de clase.

Una ducha rápida más tarde y ya estaba de camino al campus con la cara desmaquillada y el pelo revuelto recogido en una coleta. Por primera vez en días, me había puesto unos vaqueros ajustados elásticos y una camiseta blanca holgada. Demasiado para ser esa chica superpreparada para el primer día de clase. Me había esforzado mucho por ser esa chica durante todo mi primer año y, sinceramente, había sido agotador. El campus estaba abarrotado. En cada esquina había un mostrador donde los miembros de la ASB esperaban ansiosos y sonrientes para guiar a los nerviosos estudiantes de primer año por el enorme campus. Por suerte, ya conocía casi todos los edificios, excepto los oscuros laboratorios de informática que estaban escondidos en el último rincón. Por suerte, tuve tiempo de tomarme un café rápido en el

Starbucks que había dentro de la biblioteca antes de ir corriendo a Literatura Inglesa Avanzada. El auditorio era grande, con capacidad para al menos cien estudiantes. La Universidad Blackwood era conocida por sus programas de escritura, por lo que un buen número de sus estudiantes (incluyéndome a mí) se dedicaba a la escritura o al inglés. Los asientos se iban llenando poco a poco y me detuve en la parte superior del auditorio para decidir dónde quería sentarme durante el resto del semestre. "Hola Liz". Oh, no. No, no, no. Era Jay, a punto de entrar en el aula. Peor aún, tenía a Heather con él. La preciosa Heather, rubia, de pechos turgentes, absolutamente lista para el día. Se me revolvió el estómago. Sentí náuseas de inmediato.

"Hola", dije, con la voz entrecortada. Pasó a mi lado con una sonrisa tensa e incómoda, y él y Heather tomaron asiento en la parte superior del auditorio. De ninguna manera iba a pasarme todo el semestre con ellos en mi campo de visión. Bajé hasta la última fila y me senté justo a la derecha de la mesa del profesor. Me temblaba la mano mientras intentaba dar un sorbo despreocupado a mi macchiato. Tenía que ignorarlo. Los minutos pasaban y el auditorio estaba casi lleno, pero seguía sin haber rastro del profesor. La conversación había empezado a alcanzar un crescendo de ruido cuando una puerta se cerró de golpe y un "¡Buenos días, clase!" redujo la charla a meros murmullos. "Siento llegar tarde, he tenido una larga noche". Unos zapatos bajaron los largos escalones del auditorio. Su voz sonaba joven y extrañamente familiar. "Estoy seguro de que todos conocéis el procedimiento: una copa de más y de repente te despiertas en el apartamento de un desconocido". Eso provocó algunas risas entre el público, incluyéndome a mí. ¿Quién demonios era ese tipo? Me giré justo cuando el profesor llegaba al final de las escaleras y se dirigía a su mesa. Oh. No. Dios mío. "Dicho esto, bienvenidos a Literatura Inglesa Avanzada. Soy Chris Travis, pueden llamarme Sr. Travis, Sr. K, Chris, realmente no me importa mientras no sea "imbécil". Me han llamado así unas cuantas veces". Más risitas. Me había quedado con la boca abierta y no podía levantarla del escritorio. Chris llevaba pantalones grises y camisa granate con cuello, el pelo rubio peinado pero suelto y ondulado. Sus ojos recorrieron el aula, observándonos, hasta que llegaron a mí. Dejó caer su maletín con demasiada fuerza sobre el escritorio. Cerré la boca de golpe, deseando derretirme bajo el pupitre. Chris no tardó en hacer ademán de no mirarme a mí. "Vale", dijo en voz baja, siseando entre dientes. "Empezaremos rompiendo el hielo. No os preocupéis, no voy a pasar lista, sois demasiados aquí. Dejad que os hable un poco de mí". Se sentó despreocupadamente en el borde del escritorio y sus ojos volvieron a mirarme y luego se apartaron rápidamente. No podía dejar de mirarle. "Como ya he dicho, me llamo Chris Travis. Me gradué aquí mismo, en Blackwood, especializándome en inglés, y de hecho sigo siendo estudiante de Blackwood." Me miró de nuevo, como si quisiera dejar claro algo. "Ahora estoy trabajando para obtener mi maestría, con la esperanza de convertirme en profesor a tiempo completo. Dicho esto, dar esta clase cuenta para mi graduación, así que, por favor, sean respetuosos y no me la estropeen". Esbozó una de sus encantadoras medias sonrisas. Se había ganado a la multitud. Con solo mirar a mi izquierda pude ver las miradas de adoración que algunas chicas, y un par de chicos, le dirigían. Volví a sentir un nudo en el estómago, pero esta vez con un extraño sentimiento de posesión. ¿Qué demonios me pasaba? ¿Cómo había conseguido tener sexo perverso y alucinante con mi profesor? No es que yo lo supiera; cuando

mencionó las clases, pensé que se refería a las clases en las que participaba, ¡no a enseñar! No es tan malo Liz, contrólate, pensé. Sigue siendo estudiante, lo que pasa es que está haciendo un máster. No es para tanto. Probablemente pasa todo el tiempo. Sí. A juzgar por esas sonrisitas lujuriosas que estaba recibiendo, estaba segura de que ocurría todo el tiempo. "El primer día será bastante sencillo", dijo, yendo a su maletín y sacando un paquete de papeles. "Repasaremos el plan de estudios, algunas expectativas sobre lo que vamos a tratar y, con un poco de suerte, os iremos pronto de aquí. Así que saquen sus programas, espero que los hayan impreso". Por supuesto que no había impreso nada. Él se dio cuenta. "Si no lo hiciste, por favor compártelo con tu vecino." Oh Dios, cada mirada que me echaba me daba flashbacks. Esa boca había estado sobre mí, dentro de mí. Apreté las piernas, tratando de ignorar los pensamientos. ¿Cómo podía decir su nombre sin recordar cómo lo había gritado en éxtasis? Ni siquiera podía mirarle. Llevaba el mismo cinturón que había usado para atarme las manos mientras... ¡Jesucristo, Liz, concéntrate! No me concentré ni un segundo. La clase pasó como un borrón. Parecía que Chris y yo hacíamos contacto visual cada dos minutos. Finalmente, dijo que habíamos terminado por hoy y que nos veríamos el miércoles. Me apresuré a meter el cuaderno en la mochila cuando su sombra se posó sobre mí. "¿Te importaría esperar un poco después de clase?", dijo con voz suave. Asentí mudamente y me quedé sentada mientras él atendía a la fila de preguntas de los alumnos en lista de espera y demasiado impacientes. Cuando por fin se vació el aula, me acerqué a su mesa. "¿Es usted... profesor?". solté, incapaz de seguir controlando mi asombro. Hizo una mueca. "Todavía no soy exactamente profesor", dijo. Parecía tan nervioso como yo, y me di cuenta de que realmente era una posición peor para él. A los profesores los despedían por cosas así. "Mira", dijo. "Lo siento mucho. Si lo hubiera sabido... no importa. Haré todo lo que pueda para ayudarte a entrar en otra clase". "Yo... ésta es realmente la única clase que encaja en mi horario", dije. Los dos nos quedamos mirando unos instantes, perdidos. Me encogí de hombros. "Estaré bien. No me importa, de verdad. Será como si lo de anoche nunca hubiera ocurrido". Sus ojos oscuros me observaron con atención. "¿Seguro que estás bien?". "¡Definitivamente!" Dije, con demasiada alegría. Quería disipar la tensión desesperadamente, y realmente quería simplemente estar fuera de su presencia para poder dejar de imaginármelo doblándome sobre el escritorio. No pareció convencido mientras cerraba lentamente su maletín. "De acuerdo. Si estás segura. Nos vemos el miércoles, Lola. Por favor, no olvides las lecturas". O si no, ¿qué? fue lo que quise decir, pero reprimí el impulso. ¡Mal, Liz! Basta ya.

"Lecturas, vale, entendido", intenté salir sin problemas y casi tropiezo con el primer escalón. Sentí sus ojos en mi nuca durante toda la subida. Sólo cuando salí del aula sentí que podía volver a respirar.

Así que mi profesor era un dios del sexo increíblemente caliente y perverso. ¿Y que? Nada importante. Podría manejar esto. Sería como si nunca hubiera pasado. ¡Ja! Sí, claro. Tus bragas ya están mojadas. De alguna manera me las arreglé para pasar el resto del día sin parecer un completo idiota en mis clases. Mis otros profesores eran personas normales y corrientes que no me distraían en absoluto. En algún momento, Sarah me envió un mensaje en el que me pedía todos los "detalles jugosos" de la noche anterior. No sabía por dónde empezar. Ni siquiera estaba seguro de querer

contárselos. ¿Qué parte podía contarle exactamente? ¿La parte en la que dejé que un tipo cualquiera del bar me atara y me metiera los dedos? ¿La parte en la que me había convertido en un desastre tembloroso y orgásmico en sus manos? ¿O la parte en la que resulta que ese tipo cualquiera del bar era mi profesor? Decidí mantener la calma. No hay mucho que contar. Me consiguió un Uber a casa y eso es todo. Realmente fui estúpido al pensar que eso me la quitaría de encima. ¡Vamos, Lizzy! ¿No puedes decirme que no pasó nada? Yo ya sabía que ella no iba a aflojar. Suspiré y volví a meter el teléfono en el bolso. Al hacerlo, mi mano entró en contacto con la nota de Chris. Al ver su pulcra letra, me dio un vuelco el corazón. ¿Qué clase de hombre podía ser tan dominante y estar tan dispuesto a acostarse con una desconocida, y luego ser tan amable no sólo de llevar mi culo borracho a la cama, sino de traerme agua para la mañana? De repente recordé sus palabras: "La próxima vez haré algo con tanto pataleo". Mis entrañas se estremecieron, pero la decepción también se instaló en mí. No iba a haber una "próxima vez". Iba a tener que mirar fijamente a ese tipo todos los lunes y miércoles durante el resto del semestre hasta que pudiera apartarlo definitivamente de mis pensamientos. No sólo eso, sino que tenía que sentarme en esa clase sabiendo que Jay y su nueva novia estaban sentados detrás de mí, mirándome con desprecio. Por supuesto, era la primera vez que Jay me veía después de nuestra ruptura y parecía que mi vida se estaba desmoronando: sin maquillaje, el pelo enmarañado, enferma como un perro con esta resaca. Estaba decidida a que la próxima vez le mostraría exactamente lo que se estaba perdiendo. ¿Creía que yo era débil? Yo le haría débil. A la mañana siguiente, Sarah y yo fuimos al centro comercial con un café en la mano. Me las había arreglado para no contarle lo que había pasado con Chris, pero le había dicho que Jay y Heather estaban en mi clase. Ella había respondido exactamente como yo esperaba, a la manera de Sarah. "Qué. A. Dick!", había gritado. "Dios mío. Es el mayor gilipollas". "Por eso necesito algo nuevo", dije. "Ya sabes, mostrarle lo que se está perdiendo". "Ooo, nueva Liz la rompecorazones," dijo Sarah, retorciéndose excitada. "¡Me gusta!" Era un alivio sentir que mi desamor se remendaba con rabia, aunque en algún lugar de mi interior supiera que eso no iba a funcionar a largo plazo. Por ahora, todo el concepto de una venganza resplandeciente sonaba realmente atractivo. Incluso pensé en inscribirme en un gimnasio. Lo pensé y luego cambié rápidamente de opinión, con la excusa de que Charles ya estaba bastante solo. Seguía vislumbrando un futuro de loca de los gatos si no dejaba de utilizar a Charles como excusa. Una vez en el centro comercial, fui a por todas las prendas que me encantaban y que normalmente habría evitado por la desaprobación de Jay. Los conjuntos negros ajustados que me recordaban a mi época emo del instituto, cuando escuchaba Bring Me the Horizon y My Chemical Romance en bucle. Camisas de tirantes, faldas ajustadas, vaqueros oscuros pintados. Supongo que a mi edad debería haber comprado americanas y camisas abotonadas, pero recuperar un estilo que siempre me había hecho sentir poderosa, misteriosa y ligeramente aterradora tenía cierto poder. Nuestra última parada fue Victoria's Secret. Mientras Sarah se dirigía a la sección Pink, yo me hice disimuladamente con unos cuantos corsés y conjuntos de lencería, aun sabiendo que eran demasiado caros. ¿Para quién me los pondría? ¿Para mí? Aun así, cuando estaba en el probador perfectamente iluminado y me miré en el enorme espejo, me gustó lo que vi. Mi culo era más una tortita que una tarta de

cumpleaños, pero bueno, ¿a quién no le gustan las tortitas? En realidad me sentía... hermosa. Hice unas cuantas fotos con el móvil antes de volver a ponerme la ropa normal, decidiendo aceptar el golpe y sacar la tarjeta de crédito por una vez. La lencería sería sólo para que Charles y yo la disfrutáramos. El número de teléfono de Chris era un picor que no podía rascar. Tuve su nota en la mano tres veces para tirarla, pero cada vez la volvía a dejar sobre la encimera. Finalmente, exasperada, me senté en el sofá con la nota en una mano y el teléfono en la otra. Sabía que no debía hacerlo. No era apropiado. Pero, ¿y si no me hubieran puesto en su clase? Podría haberme apuntado a cualquiera de las otras clases si mi horario me lo hubiera permitido, y ya le habría mandado un mensaje. Un olor repentino me hizo estremecer. El sofá seguía oliendo a su colonia, un aroma oscuro y almizclado que me hizo pensar en viejas bibliotecas y cuero. Dios mío. Maldita sea. Puse su número en mi teléfono y escribí un mensaje rápido. Sé que vamos a hacer como si lo de la otra noche no hubiera pasado, pero me sentía mal por no darte las gracias por una noche tan divertida ;) Adjunté una de las fotos que me había hecho en el probador, la que hacía que mi culo pareciera menos panqueque. Antes de que pudiera cambiar de opinión, hice clic en enviar y enseguida tiré el teléfono al otro extremo del sofá. "¿Qué me pasa, Charles?". dije, mientras él me miraba con ojos amarillos muy abiertos. El teléfono zumbó. Oh Dios, oh Dios, oh Dios. Respiré hondo, lo cogí y pulsé la pantalla de desbloqueo. Teniendo en cuenta que lo de anoche nunca ocurrió, ¿quién es y cómo ha conseguido este número? Además, esas fotos son traviesas. Fotos así hacen que azoten culitos como el tuyo. Prácticamente chillé, riéndome para mis adentros. Muy travieso. Me había amenazado con azotarme. Siempre me había gustado la idea en secreto, pero nunca me había sentido cómoda pidiéndole a Jay algo así. Parecía que tendría que seguir siendo una niña traviesa. El teléfono volvió a sonar. Joder. Por favor, olvida que envié eso. No deberíamos estar en contacto así. Demasiado tarde para eso, profesor Chris Travis. Al día siguiente llegué al campus con Marilyn Manson a todo volumen en los auriculares. Su música era tan nostálgica; una vez más, me recordaba a mi yo rarito de 14 años. ¿Qué clase de crisis de casi cuarto de vida estaba atravesando con esta mierda? Para ser justos, la música también me servía para distraerme de las estrellas que estaba recibiendo. Quizá me pasé con la ropa de "venganza". El vestido negro con cuello que llevaba era un poco a lo Miércoles Addams y, ahora que lo pensaba, los muslos transparentes eran demasiado. Oculté mi incomodidad con mi propio aspecto llamativo tras unas enormes gafas de sol negras. Me sentí un poco mejor al acercarme a la clase justo antes que Jay. Me eché el pelo hacia atrás, pero con mi mejor cara de zorra en reposo, y me pavoneé al entrar en el auditorio justo delante de él. Su cara de asombro no tenía precio. No te caigas, no te caigas, no te caigas, pensé mientras bajaba con cuidado las escaleras. Chris había llegado puntual y estaba sentado en su mesa tomando un café mientras entraban los alumnos. Me vio inmediatamente. Dios mío. Su cara. Dejó su taza de café con cuidado, con la misma expresión que había visto en su cara cuando se había agachado sobre mí en el sofá aquella noche. Depredadora. Como si fuera a comerme viva. De repente Jay me pareció extremadamente poco importante. Me senté en silencio en mi asiento de la parte delantera de la sala, casi deseando que alguien más lo hubiera reclamado para que me hubiera visto obligada a elegir un asiento menos obvio más atrás. Crucé las piernas,

aunque sabía que así sobresalía tentadoramente un pie con tacón. Chris me lanzaba miradas ardientes y, sinceramente, no sabía si estaba enfadado o entretenido. Chris apagó las luces y el proyector iluminó la pizarra blanca con un cuadro del Marqués de Sade. "Buenos días, clase. Espero que todos hayan disfrutado de su primera lectura. ¿Cuántos de ustedes ya conocían a de Sade?". Varias manos se alzaron en la sala, incluida la mía. Podría jurar que vi la boca de Chris torcerse en una pequeña sonrisa cuando vio mi mano levantarse. "Muy bien. ¿Quién puede hablarme un poco de él?". "¡Le gustaba mucho el sexo!", gritó una voz masculina. Hubo algunas risitas y murmullos de acuerdo. Chris sonrió. "Le gustaba", dijo. "El marqués de Sade, al igual que otro escritor famoso que quizá conozcan, John Wilmot, era un libertino. Los libertinos tenían una filosofía muy particular que incluso hoy en día probablemente se consideraría bastante inusual, por no hablar de su época. ¿Puede alguien hablarnos un poco de la filosofía libertina?" "No creían en los límites", dije. "Creían que no debía haber restricciones en la forma de vivir la vida, ya fueran sexuales o morales. Valoraban mucho los placeres físicos, la estimulación de los sentidos". "Muy bien, señorita Lola," la mirada de Chris se detuvo en mi pierna vestida de nylon por un momento más de lo debido, provocando en mí la más deliciosa excitación. "De hecho, este perverso enfoque de la sexualidad que tenía el Marqués de Sade es parte de la razón por la que tenemos la palabra "sadismo" hoy en día: en realidad se basa en su nombre."

Me sentía satisfecha de mí misma cuando terminó la clase. Había desarmado a mi ex y Chris no había dejado de mirarme durante toda la clase. Aun así, los tacones empezaban a dolerme un poco y me planteé volver a mi apartamento entre clase y clase para comprarme un par de zapatos más cómodos. De todos modos, los tacones ya habían cumplido su función por ese día. Mientras recogía mis cosas para irme, Chris me llamó desde su mesa: "Lola, ¿podría hablar contigo?". Mis entrañas se estremecieron excitadas. "¿Sí, profesor?" dije, poniendo un poco más de énfasis en el profesor del que realmente necesitaba. Permanecía sentado en su escritorio, con las manos cruzadas delante de él de una forma que parecía peligrosamente paciente. Cuando habló, lo hizo en voz baja. "¿Qué intenta hacerme exactamente, señorita Lola?". Fingí confusión. "No estoy segura de lo que quiere decir, señor Travis". Exhaló ruidosamente por la nariz. "Sabe exactamente lo que quiero decir. ¿La foto? ¿De verdad? ¿Y esta... esta ropa?" Me reí suavemente. "No creo que pueda decirme cómo vestirme, profesor". Se levantó de la silla, despacio. Todavía quedaban algunos alumnos saliendo de la sala, así que se inclinó más hacia él y bajó la voz al decir: "Yo no te diría cómo vestirme, Liz. Me encantaría verte vestir así todos los días. Ése es el problema. Porque al verte así me dan ganas de hacerte cosas malas. Cosas que, como tu profesor, estoy moralmente obligado a no hacer". Por dentro, me retorció. Por fuera, me encogí de hombros. "Tal vez debería tomar una página de la filosofía Libertina, Sr. Travis. Eliminar los límites". Su mandíbula se apretó. "No me tienta". "¿O qué?" Dije peligrosamente. El aula estaba vacía. Me di la vuelta para irme. Que piense que ese pequeño intercambio ha terminado. Que sea él quien se obsesione conmigo. Me sentí bien siendo la poderosa para variar, después de que Jay hubiera pasado tanto tiempo hundiéndome. "¡Lola!" La agudeza de su voz me hizo detenerme. Miré por encima del

hombro. Estaba sentado en su silla, con ojos fieros y aflojándose la corbata. "Vuelve aquí y ponte sobre mis rodillas". Mis ojos se abrieron de par en par. "¿Qué? "Ya me has oído", su voz era imperiosa, irresistible. "Vuelve aquí. Y ponte sobre mi rodilla". Me quedé helada. De repente, sentí un hormigueo por todas partes y el calor se me hinchó por dentro. Esperaba que sonriera y admitiera que era una broma. Pero parecía muy serio. ¿De verdad iba a darme unos azotes en clase? Volví hacia él, despacio, con cautela. ¿De qué tipo de azote estaba hablando? ¿Como esas palmaditas de amor que se ven de vez en cuando en el porno súper vainilla, o como en el espeluznante porno ruso, discutiblemente consentido, en el que las chicas acaban magulladas? De pie frente a él, sonreí nerviosamente. "¿De verdad vas a darme unos azotes?". dije, con un pequeño temblor en la voz. "Sí", dijo él, empezando a subirse la manga del brazo derecho. El movimiento me crispó las entrañas. "¿Vas a aceptar tu castigo?". Dudé. Aún podía salir por la puerta. Pero no quería. Tenía curiosidad. Quería volver a sentirme así, atada en mi propio sofá, usada y expuesta. Di un paso adelante en señal de aquiescencia. En el momento en que lo hice, me agarró de la muñeca y tiró de mí hacia abajo para que me tumbara sobre su regazo. Mi cabeza colgaba hacia abajo y mi trasero estaba justo al borde de su muslo. Mi vestido era tan corto que, en cuanto me incliné, noté que mis bragas quedaban al descubierto. Jadeé bruscamente, mi primer instinto fue impulsarme hacia arriba, pero su mano en mi espalda me sujetó. "No te muevas, niñita", me dijo. Dios. Me temblaban los muslos mientras la lujuria se apoderaba de mí. Ahí estaba, esa deliciosa sensación de impotencia, de pequeñez, igual que había sentido cuando estaba atada en mi propio sofá, obligada a correrme en sus dedos. Su mano rozó mi culo, acarició mis bragas de seda negra y trazó suavemente debajo de cada mejilla. Dudaba que aquella dulzura durara mucho. "Intenta no hacer mucho ruido", dijo, haciéndose eco de una orden que ya había oído antes. "No queríamos que alguien entrara y te viera así, ¿verdad?". La sola idea de que alguien entrara y me viera inclinada en el laboratorio de mi profesor, con el trasero al aire bajo la falda, a punto de recibir unos azotes, me hizo arder las mejillas. Las mejillas de la cara, pero estaba segura de que las de abajo también me arderían muy pronto. "Creo que es importante que entiendas por qué vas a ser castigada", dijo Chris. Podía oír la sonrisa en su voz. Dios, estaba disfrutando con esto. Siguió acariciándome la piel, por cada mejilla e incluso por los muslos. "¿Sabe por qué estoy a punto de azotarla, señorita Liz?". Empecé a sacudir la cabeza como una niña petulante, aunque probablemente podría haber adivinado el "por qué". Chris soltó una risita y, antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo, había bajado la mano dándome una fuerte bofetada en el culo. "¡Aahh!" grité antes de que pudiera contenerme, y luego apreté rápidamente los labios. Maldita sea, eso dolía. El escozor perduró incluso cuando su mano volvió a acariciarme. Casi de inmediato, como si hubiera pulsado algún tipo de botón de encendido, mi deseo aumentó. "Te doy unos azotes porque intentas ponerme las cosas difíciles, incluso después de haberte dicho que no sería apropiado continuar el contacto fuera de clase", dijo Chris, sonando tan controlado, tan razonable. "Te estoy azotando porque pareces creer que quieres mantener algún tipo de relación conmigo fuera de lo que debería ser una relación muy casta entre profesor y alumno". Otro azote. Esta vez conseguí reducirme a un gemido. "Te estoy azotando porque necesitas ser consciente de en qué exactamente estás pidiendo involucrarte".

Me azotó una y otra vez, más rápido ahora que había dejado de hablar y parecía concentrarse únicamente en hacerme arder el culo. Cada azote me arrancaba un gemido y cada vez me costaba más quedarme callada. Me temblaban las piernas, respiraba entrecortadamente y empecé a gemir entre gemidos agudos y dolorosos. Las partes de mis mejillas que estaban expuestas en los bordes de mis bragas se sentían como si las hubieran repasado con papel de lija, y cada vez que su mano abofeteaba esos tiernos lugares mis gritos aumentaban de volumen hasta que finalmente dejé escapar un desesperado y dolorido: "¡Por favor, Chris!". Hizo una pausa. "¿Por favor qué, señorita Lola? ¿Hemos terminado?" "¡Sí!" Dije rápidamente, con la voz temblorosa. De alguna manera no quería dejar su regazo. Aquella posición tan vulnerable me tenía completamente loca. "¿Ah, sí?", dijo musitando. Su mano acarició mi piel, seguramente enrojecida, apretándola aquí y allá y haciéndome jadear. "¿Crees que no mereces más?". No pude responder. La vocecita de mi interior gritaba salvajemente: "¡Más!". Pero mi cuerpo sentía que había llegado a su límite. Si seguía, no podría controlar el volumen. Como no respondí más que gimoteando suavemente, tiró de mí y me ayudó a ponerme en pie. Inmediatamente sentí el deseo de cubrirme la cara con las manos. Sentía que me ruborizaba furiosamente. Me enderezó el vestido y volvió a bajármelo para cubrirme. Se levantó y me cogió la cara con las manos. "¿Te ha gustado?", susurró. Sin dudarlo, asentí con la cabeza. Una sonrisa se dibujó en sus hermosos labios, una sonrisa diabólica que me hizo desear arrancarle la ropa. "La próxima vez", prometió en voz baja. "Te quitaré las bragas y haré que te las metas en la boca para amortiguar todos esos gemidos". Dios mío. Lo deseaba desesperadamente, el dolor en mi interior era completamente insoportable. Pero se apartó y volvió a sentarse en su escritorio. "Puede retirarse, señorita Lola", dijo, su sonrisa cómplice me decía que era consciente de lo necesitada que estaba. "La veré en la próxima clase". "Por favor, no me haga esperar tanto", susurré, casi lloriqueando. Levantó las cejas, sorprendido. "Ya veremos", dijo con cuidado. "Creo que por ahora tienes otras clases que atender, ¿no?". "Sí, profesor", dije, y a pesar de mi estado completamente castigado me permití una sonrisita pícara mientras recogía mis cosas y salía del auditorio.

Sentir cómo me escocía la piel en cada asiento que ocupaba durante el resto del día era un tipo de tortura muy particular. No podía sacarme de la cabeza la voz tranquila y dominante de Chris. Ahora sabía que no había vuelta atrás. Tenía que tener más de él. Mi teléfono sonó cuando entraba en mi apartamento aquella noche y lo saqué del bolso con impaciencia. Al ver el nombre de Jay en la pantalla, el corazón me dio un vuelco, y no en el buen sentido. Me alegra ver que te va bien Lizzy :) Espero que sepas que siempre estaré aquí para ti. Me irrité al instante. ¿Qué demonios quería decir eso? Apenas había estado a mi lado cuando estábamos juntos. Le respondí rápidamente, mientras Charles me frotaba los pies, exigiendo comida. No creo que a Heather le guste que le envíes mensajes a tu ex. Te lo dice una chica que ha pasado por lo mismo. Satisfecha de que no iba a conseguir que cediera a sus frases cursis, di de comer a Charles antes de servirme una copa de vino y acomodarme en el sofá para ver Juego de Tronos. Solo llevaba diez minutos de episodio cuando mi teléfono volvió a sonar. Seguía siendo Jay. No te preocupes, Heather es muy tranquila. No le importaría que siguiéramos siendo amigos. Me reí en voz alta, haciendo que Charles me mirara

escéptico desde su plato de comida. Aunque me hizo reír, estaba temblando de rabia. ¿Amigas? ¿Amigos? ¿Después de toda su mierda, después de las trampas, las mentiras, las palabras crueles, destrozándome con un comentario solapado cada vez? Vete a la mierda Jay. No somos amigos. Nunca seremos amigos. Tiré el teléfono, decidida a acabar con él. Volvió a sonar casi de inmediato. No quise cogerlo. No quería saber lo que tenía que decir. No quería darle la oportunidad de meterse en mi cabeza. Cogí el teléfono. Estás pensando demasiado, como siempre Liz. Que no quisiera comprometer toda mi vida contigo no significa que tengas que ser una zorra. Pero da igual. Supongo que seguirás siendo desgraciada contigo misma. Borré el hilo de texto, con las manos temblorosas. Realmente intenté no llorar. Pero las lágrimas furiosas me escocían los ojos y me dolía el pecho. Durante unos breves segundos, enterré la cara entre las manos y me dejé ir, con fuertes sollozos sacudiéndome el pecho. Le odiaba. Le odiaba. Quería cambiar mi número de teléfono, bloquearlo, borrar todo rastro suyo de mi existencia. Quería olvidar todas las cosas que me había dicho para hacerme sentir mal conmigo misma, cosas que se habían colado en mi cerebro porque yo había sido estúpidamente vulnerable y estaba enamorada. Mi teléfono volvió a sonar. Desde donde estaba, boca arriba sobre el cojín, pude ver que esta vez no era Jay. Era Chris. Me limpié las lágrimas de la cara y lo cogí. Estaba pensando en ti. ¿Te encuentras bien? Estuve a punto de echarme a llorar otra vez, de alivio. ¿Por qué tenía que emocionarme tanto? Resoplando, le respondí. Estoy intentando estarlo. Una noche dura. Casi de inmediato, su respuesta: ¿Necesitas hablar? Mi corazón se hinchó, y luego cayó inmediatamente. No quería involucrarlo ya en mi drama. ¿Qué chico querría estar cerca de una chica que aún lloraba a su ex? Mejor mantenerlo lo más simple posible que hacer que Chris pensara que yo también era débil. Gracias, pero estaré bien. Sólo necesito un poco de tiempo para terminar mi copa de vino, jaja. Pasó un minuto, y entonces: Liz, si vamos a seguir haciendo esta cosa increíblemente estúpida que sé que ambos queremos, necesitamos mantener la comunicación lo más abierta posible. ¿Estás segura de que no necesitas hablar? Sonreí, su preocupación me conmovió. No, de verdad, está bien. Pero esta noche no. Supongo que estoy demasiado sensible. Hormonas o algo así. Esperé. Entonces...: Por favor, no descartes tus sentimientos. Lo que sea que sientas ahora es válido. Está bien si no quieres hablar esta noche, pero por favor, pronto. ¿Estarías libre para venir a cenar a mi casa el sábado por la noche? ¿Se refería a una cita? ¿Una cita de verdad? Dudé antes de responder. El sexo increíble era una cosa, pero una cita significaba emociones. Significaba más de esos sentimientos de mierda que estaban haciendo que mi corazón se sintiera como si le estuvieran dando un puñetazo. Comunicación abierta. Supongo que no puede haber nada malo. Seguro. Seré libre :) Mientras estaba en la cama esa noche, mi mente se agitaba. ¿Realmente estaba a punto de involucrarme tan profundamente? Cuando Chris dijo "comunicación abierta", seguramente no quería oír lo que pasaba por mi cabeza. La inseguridad, la incertidumbre, los pensamientos acelerados. Ningún hombre quería oír eso. Aun así, Chris no había sido hasta ahora como ningún otro hombre con el que me hubiera relacionado. No sólo por el sexo pervertido, sino por el cuidado que ponía en cada interacción conmigo. Las preguntas. La forma en que observaba mi cara para ver si aceptaba o dudaba. Di vueltas en la cama, molestando a Charles y haciendo que se fuera a dormir al sofá. Sólo era una

cena... y probablemente sexo. Dios, sí, por favor. Ahora que me había calmado por lo que Jay había dicho, todavía me dolía lo de antes. Me escocía el culo contra el pantalón del pijama y al final tuve que quitármelo para estar más cómoda. Con los ojos cerrados, pensé en la mirada de Chris cuando me llamó. "Ven aquí, pequeña, y ponte sobre mis rodillas". El roce de mis propios dedos entre las piernas me hizo estremecer. Imaginé los dedos de Chris acariciándome por dentro: la forma en que habían encontrado cada punto tierno y sensible y lo habían manipulado a fondo. Gemí suavemente, imaginándolo encima de mí, con su mano apretándome la garganta con perfecto control. Mi placer alcanzó su punto álgido y jadeé, estremeciéndome. El subidón expulsó la ansiedad de mi cuerpo y me di la vuelta, exhausta. Con el sueño consumiéndome rápidamente, mi último pensamiento fue el de las suaves y peligrosas manos de Chris acariciándome la cara mientras susurraba: "¿Te ha gustado?".

Conseguí ponerme al día con mis lecturas durante los días siguientes. Tomé notas cuidadosamente, subrayé pasajes y etiqueté páginas, decidida a poner la cabeza en su sitio. Si iba a endeudarme de por vida con los préstamos estudiantiles, al menos iba a hacer que mereciera la pena con buenas notas. Trabajaba a tiempo parcial en la librería del campus, así que entre sesión y sesión de estudio pasaba allí el resto de mis horas. Estaba volviendo a una normalidad extraña y desconocida con Jay fuera de mi vida. Me había acostumbrado tanto a pasar mi tiempo libre después de trabajar estudiando con él en casa de su madre que al principio no sabía qué hacer con esas horas. Pasé mucho más tiempo del realmente necesario recopilando notas de lectura y haciendo que mis cuadernos tuvieran un aspecto estéticamente atractivo con bolígrafos de gel multicolores. Poco a poco estaba aprendiendo a volver a ser yo misma.

Entonces, mucho antes de lo que esperaba, me desperté el sábado. Al principio no me di cuenta, pero luego me acordé: hoy era el día. Iba a cenar a casa de Chris. Pasé la mayor parte del día inquieta. Limpié toda la casa, tiré la comida vieja de la nevera e incluso empecé a hacer una redada en mi armario y a tirar la ropa desgastada que ya no me ponía. Mi nerviosismo estaba suspendido entre dos ideas: la primera era mi preocupación por tener que sentarme realmente y mantener una conversación íntima con alguien nuevo. Chris me hacía sentir cómoda, abierta. Pero nuestro noviazgo nunca había ido más allá del ámbito del flirteo tenso y los oscuros encuentros sexuales. ¿Y si quería más de lo que yo estaba preparada? Era un poco mayor que yo, así que, ¿y si era uno de esos tipos preparados para el compromiso que trazan plazos para sus relaciones y fijan fechas límite para casarse? La otra idea era menos una preocupación y más una emoción vertiginosa y nerviosa. Ahora estaba entrando en el territorio de Chris y, después de todas sus promesas de lo que me haría "la próxima vez", apenas podía soportar la espera. Sobre todo después de que no me soltara nada tras los azotes en clase. Podía excitarme, claro. Pero por primera vez había encontrado a un chico que podía darme más placer del que yo misma podía darme. Pensar en él me mantuvo tensa durante todo el día, hasta que conseguí distraerme preparándome para salir. Mi teléfono zumbó, un mensaje suyo. ¿Sigue en pie lo de esta noche? Aquí tienes mi dirección. Era para un apartamento en la otra punta de la ciudad, una zona más agradable situada cerca de estudios de yoga y bares de zumos. Me puse un vestido violeta oscuro, una fina gargantilla de cuero y un par de zapatos de charol. Como toque diabólico final, me aseguré de ponerme el nuevo ligüero negro y el tanga del que le

había enviado una foto anteriormente. Los nervios me sacudían aún más cuando me dirigí al aparcamiento a buscar mi coche. No era para tanto. Sólo lo era si yo lo convertía en algo importante. Sólo era una agradable y sencilla charla de puesta a punto durante la cena. Le envié un mensaje de texto con mi llegada después de aparcar. El edificio en el que vivía era alto y moderno, una bonita combinación de ladrillo rojo y acero cepillado. Había mucha gente deambulando por las calles un sábado por la noche, entrando en los distintos bares y cafeterías. A diferencia del centro, los bares de aquí atraían a un público algo mayor y más tranquilo. Había un vestíbulo de apartamentos y un portero que me indicó el camino a los ascensores. Entré y pulsé el botón de la novena planta. Mi teléfono zumbó. Entra, la puerta está abierta :) Estoy terminando de cenar. ¿De verdad estaba cocinando para mí? Me rugió el estómago y me di cuenta de que no había comido nada desde aquella mañana temprano, cuando había sorbido un solo tazón de cereales. Al salir del ascensor, encontré su apartamento al final del pasillo. Comprobé por última vez mi pintalabios y, con el miedo irracional de estar a punto de irrumpir en el apartamento de la persona equivocada, abrí la puerta.

El olor de algo celestial llenaba el aire, picante y sabroso. La entrada giró inmediatamente a la derecha, conduciéndome junto a una esbelta mesa decorativa coronada por una extraña pieza de arte plateada que parecía una bola de metal crujiente. "¿Hola? ¿Chris?" "¡Aquí dentro!", resonó su voz justo al final del pasillo. Me asomé por la esquina y me encontré con una cocina abierta. Todo era elegante, moderno y compacto, un espacio relativamente pequeño que Chris parecía haber aprovechado al máximo. Estaba de pie ante una sartén chisporroteante de lo que parecía pasta cremosa. Sonreí de inmediato. No había forma más segura de hacerme feliz que con carbohidratos. "Espero que te guste Scoglio", dijo con una sonrisa fácil. Esta vez no llevaba gafas, así que sus ojos oscuros me atraparon con más intensidad cuando se volvieron hacia mí. Iba vestido de manera informal, con una camiseta negra de manga corta abotonada y unos vaqueros oscuros. No pude evitar preguntarme si hoy llevaría el cinturón. Llevaba el pelo suelto, lo que le daba el aspecto de haber estado corriendo por campos de trigo o haciendo surf en la costa de California. Vaya, Liz, deja de mirar al hombre y di algo humano. "¡Huele genial!" dije, chillando en mi impaciencia. Se rió mientras sacaba la sartén del fuego y empezaba a servir la pasta y el marisco en dos platos. Tenía una pequeña mesa justo al otro lado de la cocina, donde el comedor daba a una sala de estar abierta. Todos sus muebles eran de distintos tonos de grises y azules oscuros, y estaba peculiarmente limpio para ser un piso de soltero. Había una pantalla plana de tamaño modesto en la pared, así que estaba claro que este tipo no sobrevivía con el sueldo de un simple estudiante. A la derecha había una puerta cerrada que daba a lo que supuse que era el dormitorio. "He oído que te gusta el vino. Me giré y vi que Chris ya había puesto la mesa y sostenía una botella de vino. Descorchó y empezó a servir, el líquido rojo sangre llenó nuestras copas. "Seré sincera, sé mucho más de whisky que de vino. Pero la mujer de la tienda dijo que éste era bueno, así que...". Se encogió de hombros, algo avergonzado. Era fascinante verle fuera de su habitual estado dominante. Aun así, el mero hecho de estar cerca de él me producía pequeños y agradables escalofríos. "Espero que tus otras clases hayan sido un poco menos... inusuales... que las mías", dijo mientras comíamos.

Intentaba comer despacio y no como un animal hambriento, pero la comida estaba deliciosa. Me limpié la boca cuidadosamente con la servilleta antes de contestar. Demasiado para mi pintalabios de larga duración. "No, tengo que decir que tu clase es la única en la que siento que voy a recibir créditos extra", sonreí socarronamente, feliz de sacarle una carcajada. "Oh, ya veo cómo es", dijo. "Debería haberlo sabido, todo es por el crédito extra". "Una chica tiene que graduarse de alguna manera". Ambos reímos con facilidad. Mi ansiedad se había disipado por completo, sustituida por una curiosidad abrumadora, un deseo de oírle hablar. "¿Dónde aprendiste a cocinar así?" le dije. "Bueno, mi madre es italiana de pura cepa", dijo. "Y me refiero a italiana de pura cepa. Estaba en la cocina todas las noches cocinando para nosotros, así que, por supuesto, todos los niños tuvimos que aprender a cocinar". "¿Todos los niños? ¿Cuántos sois?" "Soy el segundo mayor", dijo, dando un sorbo a su vino como si tratara de recordar exactamente cuántos hermanos tenía. "Mi hermano Damien es el mayor. Mis hermanas Elaina y Adrianna son las menores, son gemelas". "Joder, cuatro hijos", dije. "Mis padres sólo nos tuvieron a nosotros dos, mi hermano y yo". Se rió entre dientes: "Sí, las reuniones familiares siempre son divertidas, sobre todo teniendo en cuenta que la única de nosotros que todavía se adhiere al catolicismo es Adrianna. A mi pobre madre casi le da un infarto cuando le dije que era atea". Agitó el dedo e imitó una voz aguda. "¡Hijo mío, vas a ir directo al infierno! Rezaré por ti". Sacudió la cabeza. "Y no me hagas hablar de lo horrorizada que estaba de que me fuera a mudar para ir a la escuela". "Mi madre no veía la hora de que nos fuéramos de casa", dije, todavía sonriendo ante la idea de una pequeña mujer italiana regañando a Chris por su falta de religión. "Era la típica madre blanca de fútbol de los suburbios. Pero después de que ella y su padre se separaran, creo que lo único que quería era volver a tener citas. Sentirse como si tuviera 20 años otra vez, o algo así. No podía sentirse de 20 con dos niños en casa". Chris asintió en señal de comprensión. Intercambiamos anécdotas, nos reímos de cuando el padre de Chris le pilló fumando porros a los trece años o de cuando mi madre me pilló viendo Pornhub. Hablamos de los muchos lugares en los que había vivido mientras crecía, ya que mi padre estaba en el ejército, y de que planeaba intentar estudiar en el extranjero, en Europa. "Si te quedas en Italia, puedo organizarte una familia allí", dijo Chris. "No harán más que darte de comer todo el tiempo". Le ayudé a recoger los platos antes de sentarnos a tomar otra copa de vino. La vista de la ciudad a través de sus ventanas era impresionante: las luces titilando y los letreros de neón de los bares parpadeando. La conversación se calmó y la mirada de Chris recorrió mi rostro, escrutadora. "Así que", dijo, apoyando la barbilla en la mano. "¿Qué buscas, Liz? Con lo que estamos haciendo... ¿qué tipo de relación quieres?". Me retorció. No estaba acostumbrada a que me preguntaran con tanta franqueza sobre algo tan simple como lo que quería de un hombre. Debería haber sido sencillo, pero me encontré tartamudeando. "Seré sincera, Chris", dije, con un pequeño suspiro. "Acabo de salir de una relación. Dos años. Mi ex me hizo pasar por una mierda, y yo no... No estoy realmente..." "¿Listo para una relación?", terminó por mí. Me encogí de hombros. Me sentía culpable. "Me sentí culpable. Mis emociones no están en el lugar adecuado". "Está bien", dijo, sonriendo al notar mi evidente incomodidad. "No te sientas mal por decir lo que quieres y lo que no quieres, Liz. Es importante. No tengo ningún problema con algo casual". "Me gusta lo que me haces", dije suavemente. "Todo esto de la

dominación. Me gusta mucho". Soltó una risita oscura. "Me he dado cuenta. Definitivamente eres sumisa". La preocupación me golpeó de repente en las tripas. Sumisa. Débil, como Jay había dicho. Esforzándose demasiado y siendo pisoteada. Tragué saliva. "¿No te gusta ese término?". Chris frunció ligeramente el ceño, intuyendo de inmediato mi malestar. Volví a encogerme de hombros. "Es que mi ex siempre me decía que era demasiado... demasiado débil. Que le dejaba pisotearme y hacer lo que quería". Mierda. Los ojos se me estaban llenando de lágrimas. "Y lo hice, honestamente. Como si supiera que me engañaba y aun así... intentara que funcionara". Chris frunció el ceño. "No puedes culparte por eso. Y ser sumisa no es ser débil. Requiere mucha confianza y esfuerzo someterse a tu pareja. El hecho de que tu ex abusara de tu confianza es su debilidad, no la tuya". Golpeó la mesa con los dedos. "¿Conoces las relaciones BDSM? A él le daba igual lo que pasara durante el sexo mientras se excitara", me burlé. "Nunca había tenido a alguien que me hiciera llegar al orgasmo como tú". Sonrió, parecía satisfecho de sí mismo. "Me alegro. Me gusta complacerte. Quizá suene raro viniendo de alguien que, obviamente, es bastante sádico". Me reí. "Oh, ¿quieres decir que de verdad te gustaba darme azotes? Creía que te dolía tanto como a mí". Se rió entre dientes. "Disfruté mucho cada segundo que pasaste lloriqueando e intentando quedarte callada. Me gustaba ver cómo se te enrojecía la piel y saber que cada azote era progresivamente peor para ti. Y hay muchas otras cosas dolorosas que disfrutaría haciéndote, Liz. Pero lo más importante de todo esto es que, si continuamos con esta relación -aunque sea de forma casual-, debes entender que, como sumisa, tú tienes el poder." Fruncí el ceño, confusa. "¿No es eso... exactamente lo contrario del BDSM?". "En absoluto. Es crucial que el sumiso mantenga la autoridad de la última palabra. Si necesitas que pare, pararé. La idea es que el sumiso desee estas cosas -castigos, dominación, esclavitud, humillación- tanto como el dominante. Así que, obviamente, tú superarás tus propios límites y confiarás en mí para que pare cuando lo necesites". Nunca lo había pensado así. Sinceramente, no sabía casi nada del BDSM ni de lo que implicaba, aparte de los látigos y las cadenas. Parecía que Chris tenía más experiencia. "¿Has tenido sumisas antes?" le pregunté. "Sí", respondió. "Todas las relaciones que he tenido hasta ahora en mi vida adulta incorporaban elementos de BDSM. Es simplemente lo que me gusta y lo que sé que necesito para sentirme satisfecha. Lo que incorpore todo eso depende totalmente de con quién esté y de lo que le guste. Tengo muy pocos límites. Estoy abierta a casi todo". Límites duros. Tampoco había pensado en eso antes. Por otra parte, con mis limitados conocimientos, sólo podía pensar en un número limitado de cosas a las que oponerme inmediatamente. "Quiero decir... Preferiría que no hiciéramos nada relacionado con lluvias doradas", dije encogiéndome de hombros. Se rió en voz alta, sacudiendo la cabeza. "Me parece bien", dijo. "¿Hay algo más a lo que te opongas? O mejor aún, ¿hay algo que quieras probar?". Mi mente se estaba quedando en blanco, llena de pensamientos apresurados y una creciente calentura. ¿Realmente estaba aquí sentada discutiendo los entresijos de una relación BDSM con mi profesor? ¿Realmente estaba hablando de tener una relación? El corazón me dio un vuelco y el nerviosismo me ahogó. Chris se dio cuenta. "Estás preocupada", dijo. "¿Por qué? Negué con la cabeza. "Es que. . . Tengo mucho equipaje, Chris. La mayor parte del tiempo no me siento fuerte, como tú dices que debe ser una sustituta. No siempre me siento guapa o

deseable. Me dejaron después de dos años por una chica que hacía todo lo que yo tenía miedo de hacer. Realmente... Yo sólo..." "No quieres que te hagan daño", dijo suavemente. Asentí con la cabeza. Suspiró, pero no de forma irritada. Casi parecía triste. Luego levantó la vista y sus ojos oscuros se encontraron con los míos con una intensidad viciosa que hizo que se me contrajeran las entrañas. "Ven al dormitorio", me dijo. "Deja que te enseñe lo fuerte que eres".

El dormitorio era oscuro, dominado por una enorme cama con dosel. Las sábanas y la colcha eran grises y rojos sedosos. Una ventana ocupaba la pared de nuestra izquierda, y Chris se adelantó a mí para echar hacia atrás las cortinas, iluminando la habitación con el resplandor de neón de la ciudad. La pared opuesta estaba dominada por tres grandes estanterías, cubiertas de literatura de punta a punta. "Es una colección impresionante", dije en voz baja. Chris sonrió, me cogió de la mano y me acercó a la cama. Me estrechó entre sus brazos y me rendí al abrazo. Sus dedos me acariciaron la garganta y se detuvieron para agarrarme suavemente la cara: "Recuerda", me dijo. "Confía en que tengo el control, pero no temas decirme que pare. Voy a presionarte, Liz. Quiero ver hasta dónde llegan tus límites." Asentí con la cabeza, el deseo se extendía por mí y me producía un cosquilleo en la piel. La voz traviesa que llevaba dentro pedía a gritos que me tocara, que me tirara sobre la cama y se deshiciera de mí. Pero a juzgar por el brillo diabólico de sus ojos mientras se movía detrás de mí para bajarme la cremallera del vestido, tenía la sensación de que no iba a ser tan fácil. "Voy a disciplinar tu deseo", dijo, acariciándome la espalda con los dedos mientras con la otra mano me bajaba la cremallera. La piel se me puso de gallina. Sus labios rozaron mi cuello -una, dos veces- y luego sus dientes se posaron en el punto sensible entre mi cuello y mi hombro. Gemí suavemente. Sus manos me bajaron los hombros del vestido por los brazos y luego por la cintura: "Mmm, reconozco esta lencería", dijo. "Ya me habías tentado antes con esto". Sus manos me agarraron las caderas con aprecio y luego bajaron hasta tocarme el culo. Apreté y sentí cómo sus dedos recorrían el tanga. "¿Qué te advertí sobre llevar cosas así? Si te pones algo así, te daré unos azotes en el culito", jadeé cuando sentí que se agachaba y me mordisqueaba la mejilla descubierta. Me besó el trasero y me sujetó las caderas con la mano mientras volvía a agarrarme con los dientes. No sabía qué hacer con las manos mientras él seguía provocándome escalofríos. Quería enredar los dedos en su pelo y acercarme a él. De repente me dio la vuelta y me acercó a él con sus manos, que seguían apretándome el culo. "Algún día, pronto", dijo, manteniéndome cautiva con la mirada. "Voy a reclamar tu culo como mío. Llenaré ese agujerito apretado con cada centímetro de mí". Eso era algo que nunca había hecho antes. La idea de ser invadida allí, en un lugar tan estrecho y, de alguna manera, aún más íntimo, hizo que se me erizaran los dedos de los pies. Se me cortó la respiración cuando Chris me empujó de repente sobre la cama y las suaves mantas me tragaron. Volví a jadear cuando me agarró por los brazos y me colocó boca abajo para que me inclinara sobre el borde de la cama alta. Sus uñas me recorrieron la espalda, se engancharon bajo mis bragas y me las bajó de un tirón. "Escucha con atención, pequeña", dijo. Tenía una mano en la parte baja de la espalda y la otra jugueteaba tentadoramente bajo mis mejillas. "Si me suplicas que pare, no lo haré. Usaremos una palabra de seguridad. De ese modo podrás someterte a mí más plenamente. ¿Qué palabra de seguridad prefieres?" "Uh..." No podía pensar. Cada

centímetro de mí estaba caliente y excitado y lo último que se me ocurría era una palabra que le hiciera parar lo que me estaba poniendo así. Se rió, aparentemente consciente de mi situación". "Rojo" es la palabra que suelo usar", dijo. "Así que recuérdalo. Si realmente necesitas que pare, si ya no disfrutas y es demasiado para ti, eso es lo que tienes que decir". Su mano me había azotado el trasero desnudo, dejando un escozor del tamaño de su mano. "Vamos a arreglar cómo te diriges a mí", dijo. "Como tu dominante, espero que te dirijas a mí con el debido respeto. "Sí, señor" y "no, señor" son respuestas apropiadas. ¿Entiendes?" "Oka- ¡Quiero decir sí, señor!" Sentí que su mano volvía para darme otro azote. Pero volvió a acariciarme suavemente mientras me corregía. Suspiré, toda la adrenalina y el deseo acumulados hacían que la cabeza me diera vueltas. "Ya estás tan ansiosa por mí", dijo con una risita, mientras un dedo acariciaba burlonamente mi lugar más íntimo. "Vas a tener que esperar bastante para eso, pequeña. Primero voy a hacerte sufrir por mí. ¿Recuerdas lo que te dije después de tu última azotaina? Estaba demasiado excitada, demasiado absorta en su voz para pensar en otra cosa. "No me acuerdo, señor". "Te dije que la próxima vez que te diera unos azotes, te obligaría a meterte las bragas en la boca para que te callaras". Ah, ahora me acordaba. Todavía sentía las bragas en los tobillos. "¿Por qué me va a azotar, señor?" le dije. "I . . . Se rió y sentí cómo me quitaba las bragas por completo. "Sabías lo que hacías cuando te pusiste este tanga y este liguero. Eres una chica lista, sé que recordaste lo que te dije sobre ellos la última vez. ¿Qué clase de amo sería si no cumpliera mi palabra y te castigara por llevar algo tan atrevido? Así que abre bien la boca", vacilé y abrí la boca. Casi inmediatamente sentí la sedosa tela de mi tanga introducida en mi boca. Mi primer instinto fue de repulsión, de escupirlo. La humillación de que me metieran mi propia ropa interior en la boca me hizo retorcerme. Pero también me sentí deliciosa. Me sentía indefensa, obediente. No quería parar. Mantuve las bragas en la boca, resignada, sumisa. Sumisa. "Buena chica", dijo Chris, inclinándose sobre mi espalda para susurrarme al oído. Me recogió el pelo detrás de la oreja y me acarició la mandíbula con el pulgar. "Estás preciosa. El orgullo y el placer brillaron en mi interior. "Ahora quédate quieta. Esta vez no te lo voy a poner fácil. "¿Ponerme fácil? ¿Me lo había puesto fácil la última vez? No tuve tiempo de pensarlo antes de que cayera el primer golpe, y luego otro y otro en rápida sucesión. No tardé en retorcerme desesperadamente, chillando contra las bragas que tenía en la boca con cada azote. La piel me ardía, cada centímetro de mi cuerpo hormigueaba por la estimulación. Justo cuando empezaba a convencerme de que tendría que decirle que no aguantaba más, se detuvo. Me quedé tumbada, temblorosa, soltando suspiros ahogados mientras intentaba serenarme. Su mano me frotó la piel escocida mientras gemía apreciativamente. "El rojo te queda muy bien", me dijo. "Lo has hecho muy bien. Estoy orgulloso de ti". Su mano se llevó a mi boca. "Las escupí, con la boca seca y la mandíbula dolorida. Oí que Chris las tiraba a un rincón de la habitación y arqueé las nalgas con esperanza, anticipando que por fin obtendría la liberación que tan desesperadamente deseaba. Chris se fijó en mis caderas, que se balanceaban burlonamente, y soltó una risita: "Ah, ¿crees que voy a cogerte ahora? ¿Crees que ya te lo has ganado? Dejé de moverme. ¿Lo crees? "No. No lo creo. Pero no iba a decírselo. "Por favor, Chris", me quejé. "Te deseo." "Oh, me doy cuenta. Pero vas a aprender a ser paciente, niñita". Me dio un golpecito en el muslo, más suave que antes,

pero suficiente para hacerme saltar. "Sube a la cama. De rodillas, pero con la cabeza apoyada en la cama". Hice lo que me dijo y me coloqué en posición. Cada una de sus órdenes me producía un hormigueo entre las piernas, que me bañaba en oleadas de creciente deseo. Quería suplicarle. Rogarle que, por favor, me liberara. Pero tenía la sensación de que eso sólo conseguiría que alargara más la situación. Durante unos instantes no me tocó en absoluto, pero podía sentir sus ojos clavados en mí.

Observando mi sutil y desesperado retorcimiento. Luego se apartó de mí, hacia el extremo de la cama, donde había un gran baúl forrado de cuero. Giré la cabeza para observarlo, absorta en su figura. En algún momento se había quitado la camisa, no sabía muy bien cuándo. Su piel brillaba a la luz de la ciudad: "¿Qué es eso? ¿Señor? Añadí rápidamente. No quería más golpes. Estaba rebuscando en el baúl y, cuando volvió a levantar la vista, parecía un lobo buscando su próxima comida. "Es mi baúl de los juguetes", dijo. "Con todo tipo de juguetes para chicas muy traviesas. Y pienso jugar contigo toda la noche".

Observé desde mi posición expuesta cómo Chris sacaba algunos de sus juguetes. Los colocó uno junto al otro sobre la cama, observando mi cara mientras asimilaba para qué iban a servir. El primero era una delgada varita blanca con dos botones laterales, que reconocí inmediatamente como un vibrador. El segundo era un par de esposas acolchadas unidas por una corta cadena. Me quedé mirándolas, con los ojos muy abiertos. Chris cogió las esposas y volvió a colocarse detrás de mí. "Voy a mostrarte lo desesperada que puedes estar por liberarte", dijo. Me dio un golpecito en las muñecas y las volví a colocar detrás de los muslos. Las esposó y volví a estar atada en mi posición. Incapaz de tocarme a mí misma o a él. Me retorcí, gimoteando. ¿Por qué me estaba haciendo esto? Permitiéndome ser más y más necesitada, el dolor dentro de mí crecía con cada toque experto de sus dedos. Sabía que pronto me convertiría en gelatina en sus manos, un desastre tembloroso sin nada más en mi cerebro que deseo. Me moría de ganas. "¿Has usado antes un vibrador?", me dijo una vez que tuve las manos atadas. Cogió el juguete y pulsó los dos botones para comprobar que funcionaba. Empezó a zumbir y su sonido aumentó al pulsar el segundo botón. Me sonrió desde detrás del zumbido y tragué saliva nerviosa. Sólo podía imaginarme cómo se sentiría apretado contra mis partes más íntimas. "No lo he hecho", le dije. Sus cejas se alzaron expectantes y me contuve. "No, señor". "Mmm, pues entonces", volvió a apartarse de mi vista, de nuevo detrás de mí. Sus dedos acariciaron mis muslos, haciéndome estremecer. "Esto va a ser divertido". Oí el zumbido del vibrador y empecé a forcejear irracionalmente, tirando de las esposas y retorciéndome. La mano de Chris me apretó con fuerza la parte baja de la espalda. "Mantén la espalda arqueada, Lola", me dijo. "Quiero ver ese coñito tuyo tan bonito y necesitado". Gemí contra la sábana mientras hacía lo que me ordenaba. Primero me frotó con la mano, con un movimiento lento que me hizo apretar la boca contra la sábana. Luego me soltó la mano y el vibrador ocupó su lugar. Me estremecí ante la estimulación, chillando cuando las potentes vibraciones me recorrieron todos los nervios. Mis brazos se tensaron contra las esposas y mis piernas empezaron a temblar. Era demasiado. Ya iba a llegar al orgasmo. "Oh, Dios... Chris... ." Gemí, respirando agitadamente mientras mi liberación parecía inminente. Y de repente, ya no. Había quitado el vibrador. "Nooo", gemí con fuerza. "¡No, no, Chris, por favor, dame más!". Un rápido azote me hizo chillar. Estaba

insoportablemente frustrada, y lo hice evidente en el gruñido que siguió rápidamente a mi grito. Chris se rió y oí cómo se apagaba el vibrador. "¿Qué fue ese sonido, señorita?", dijo. "¿Acabas de gruñirme?". "Quiero más", exigí, completamente irracional en mi deseo. "Lo necesito Chris- Señor. Por favor". "Las chicas traviesas y exigentes no se liberan", dijo con calma. "Creo que seguiré tomándome mi tiempo contigo". Me dio otro azote, de modo que pateé los pies y gemí en señal de protesta. "Te mantendré al límite hasta que realmente estés pidiendo a gritos que te libere". El vibrador cobró vida, presionándome de nuevo. Grité de placer, retorciéndome y estremeciéndome cuando empezó a impulsarme de nuevo hacia el orgasmo. Justo antes de llegar al límite, volvió a apartarlo. Gemí de frustración, sacudiendo las caderas y gruñendo: "¡Chris! Por favor". "Sigues gruñendo, niñita", dijo Chris, con voz de desaprobación. "Eso es muy grosero. Gruñe otra vez y sacaré la regla para azotarte". Azotada con una regla por mi profesor. Volvería sobre ese escenario deliciosamente aterrador más tarde. Me mordí el labio, luchando por controlarme mientras él seguía atormentándome con el tacto del vibrador. Me lo negó una y otra vez. Sus únicas órdenes eran recordarme que arquease la espalda, lo que cada vez me resultaba más difícil de mantener. Mi sexo estaba insoportablemente hinchado y sensible a los más leves roces del juguete. Las piernas me temblaban incontrolablemente y mis gemidos se habían convertido en gritos animalescos, arrancados de mí por cada tortuoso roce. Su última negación me dejó jadeando, llorando, con las piernas pataleando mientras balbuceaba súplicas desesperadas. "Por favor, señor, por favor, señor, por favor". "¿Quieres correrte, Lola?" Su voz era pesada, áspera de lujuria. "¡Sí, por favor, señor!" Oí que el vibrador se ponía en su posición más alta, así que cuando volvió a presionarme grité, apretando la boca contra la cama y mordiendo en éxtasis. Entonces sus dedos se unieron al juguete, llenándome con fuerza y empujando, sacando de mí sonidos que no sabía que era capaz de hacer. Me liberó por fin mientras yo gritaba su nombre entre las mantas, con el cuerpo temblando y saltando hasta que llegó el alivio. Apenas fui consciente cuando el vibrador se apagó. Me sentía borracha, mareada, absolutamente embriagada de placer y sensaciones. Oí un ruido y moví un poco la cabeza para volver a ver a Chris. Se había quitado los vaqueros y se había quitado los calzoncillos Calvin Klein. Dios, qué buen aspecto tenía. Moví las caderas esperanzada, y esta vez no se me resistió. "Dios, estás guapísimo", suspiró. Por fin me quitó las esposas de las manos, así que pude moverme hacia delante en la cama mientras él se colocaba detrás de mí. Su mano se enredó en mi pelo, tirando suavemente de mi cara hacia un lado mientras me apretaba, y de repente se detuvo. "Mierda", dijo, sonando realmente molesto. "¿Qué pasa? Pregunté suavemente. "Condomes. Compré un paquete antes pero. . . todavía están en mi coche". Me lo pensé un momento. Aunque me había liberado, seguía sintiéndome atraída por él. Lo quería dentro de mí. "Tomo anticonceptivos", dije. Nunca había dejado de tomar la píldora después de que Jay y yo rompiéramos. Se había convertido en un hábito tan arraigado que ni siquiera había pensado en ello. Chris me frotó la base del cráneo a través del pelo, una sensación celestial. "¿Estás segura? Estoy limpia, pero ¿estás segura de que te sientes cómoda con esto?". Sonreí, con los ojos cerrados de felicidad. Nunca me había sentido más cómoda en la vida. "Sí, señor. Estoy segura". Sabía que sonreía a pesar de tener los ojos cerrados. "Estoy deseando llevarte, Liz". Me besó por la espalda, sin dejar de imponer su dominio con su mano

firme sobre mi cabeza. Me estremecí bajo su afecto, sonriendo con cada suave roce de sus labios. Sus manos apretaron mis tiernas mejillas, sujetándome mientras empezaba a apretarme lentamente. Gimió tan bajo y con tanto placer que mi respiración volvió a acelerarse. Se sentía exquisito dentro de mí. Encorvado sobre mi espalda, me rodeó la garganta con una mano mientras me penetraba. Su áspera respiración en mi oído me provocó un hormigueo. Se le escapó un jadeo y dijo de repente, con fuerza: "Quiero correrme dentro de ti, Liz". Joder, sí. Volví a apretarme contra él con ansia y él gimió ante mi entusiasmo, con todo el cuerpo tenso mientras se liberaba dentro de mí. Caliente, sudoroso y pesado, se desplomó sobre mí y luego se apartó para que yo pudiera respirar. Tras unos instantes de jadeos cansados, me miró y yo a él. "Vaya", fue todo lo que pude decir, aparte de una risita. Sonrió ampliamente, se acercó para jugar con mi pelo revuelto y me besó suavemente en la frente. "Esto", dijo, sonriendo con picardía, "va a ser un secreto divertido de guardar".

Sarah sabía que pasaba algo. Lo sabía de la misma forma que lo saben todas las personas naturalmente entrometidas: tienen una especie de sentido sobrenatural para los cotilleos jugosos. Llevaba días enviándome mensajes para quedar y finalmente cedí el domingo por la tarde. Quedamos en Leaf and Bean, una pequeña cafetería del centro, entre una floristería y una librería. Era uno de esos sitios en los que suena música indie acústica y siempre hay al menos una o dos personas con gafas y gorro sentadas en una cómoda silla con su portátil Mac. Sarah trató de ser astuta, haciendo tímidas preguntas del tipo "¿cómo lo llevas?" mientras pedíamos nuestros cafés con leche. Pero, por su sonrisa, me di cuenta de que estaba a punto de explotar de curiosidad. Me dio tanta emoción saber que tenía ese secreto, sobre todo cuando me senté y mi trasero ardió suavemente al contacto con una superficie dura. Intenté ocultar el irresistible impulso de mordirme el labio detrás de mi taza de café mientras pensaba en las firmes manos de Chris, sus órdenes, el perfecto control con el que llevaba mi cuerpo a la más completa sumisión. También había tenido razón. Con el torrente de hormonas inundándome las venas después de nuestra cita, compartiendo otra hora tumbada a gusto en la cama con él, me sentía fuerte. Me sentía sexy y poderosa. "¿Dónde has estado, Lizzy?" dijo Sarah de repente, sacándome de mis ensoñaciones. Había estado hablando de un tío bueno en una de sus clases, o al menos eso me pareció. Ahora su sonrisa estaba congelada en el rostro, a medio camino entre la preocupación y la fascinación. Fingí confusión. "¿Qué quieres decir?" dije inocentemente, sorbiendo mi café. "Es que últimamente es muy difícil localizarte", dijo, encogiéndose de hombros como si no importara. "Desde que fuimos a Bailey's no te he visto". Sus ojos se abrieron de repente y me miró horrorizada. "Dios mío. Dios mío. No has vuelto con Jay, ¿verdad?" "Oh Dios, no, no, Sarah," dije, probablemente pareciendo que me había tragado un limón. "No es nada de eso. Sólo estoy ocupada con las clases, eso es todo". Una vez calmado su miedo, entrecerró los ojos y me miró con suspicacia. "¿Ah, sí? ¿A medianoche un sábado?" Parpadeé tontamente. "¿Qué?" "¡Oh Dios, Liz, lo siento, esto va a hacer que suene como un asqueroso!". Sarah arrugó la cara y dijo en voz baja, como avergonzada. "Después de enviarte un mensaje preguntándote si querías cenar anoche, decidí que simplemente iría a dejarlo a tu casa ya que no respondiste. Sólo porque aún tengo tu llave y sé que no has estado comiendo, cocinando o haciendo... nada en realidad". Estaba tan inclinada hacia

delante que se levantó de su asiento, con los ojos muy abiertos y un susurro casi un silbido en su excitación. "Quería esperar un poco a que llegaras a casa, así que me quedé jugando con Charlie. Y aún no estabas en casa a medianoche, Liz!". Me reí nerviosamente. Mi querida amiga estaba un poco loca, lo admitía. Pero al menos era un tipo de locura cariñosa. "¿Esperaste en mi casa hasta medianoche?". "Bueno, me quedé dormida", dijo con un pequeño mohín. "Pero Liz, no puedes intentar decirme que estabas "estudiando" o que saliste sola, sin mí. ¿Quién es Liz? Por favor, dímelo, ¡me está volviendo loca! Sabes que no te juzgaré, ¡puedes salir con quien quieras! ¿Es mayor? ¿Más joven? ¿Casado? O... oh Dios mío, ¿es una mujer? ¿Jay te hizo volverte lesbiana? No es que te culpe". Se encogió de hombros. "Lo que quieras hacer, chica". Terminó, suspiró, ligeramente roja por su arrebató, y esperó pacientemente mi respuesta. "No creo que puedas simplemente "hacerte lesbiana", Sarah", dije. "Pero no es eso". Apreté los labios, considerando cuidadosamente cuánto podía decir. "Vale... es un tío...". Sarah chilló. "¡Dios mío, lo sabía! ¿Quién es? ¿Lo conozco?" En mi cabeza revoloteó la idea de que Chris probablemente consideraría una travesura hablarle a alguien de nosotros. Eso me hizo pensar en los azotes que probablemente me daría por algo así. Me retorcí y solté un rápido suspiro. Sarah abrió mucho los ojos. "¿Estás . Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro. "¿Estás enamorada Lola?" "No. dije rápidamente. Por alguna razón la pregunta me hizo sentir ansiosa. No se trataba de amor. Se trataba sólo de sexo. Placer mutuo. Diversión. Eso era todo lo que quería de Chris. ¿Verdad? "Ya lo conocías, pero quizá no lo recuerdes", me reí entre dientes. "El chico del bar, Chris. Congeniamos muy bien y hemos estado... pasando tiempo juntos". Me encogí de hombros, sólo para mostrar lo fría y distante que realmente era. "Sí, me di cuenta de que era tu tipo", dijo Sarah. "Tiene ese aire raro y sexy de bibliotecario". Oh chica, no tienes ni idea. "Qué dulce, Liz, estoy orgullosa de ti", sonrió, muy contenta de sí misma por haber conseguido por fin la información que quería. "Ya está volviendo a salir. Deberías traerlo con nosotros alguna vez-" "En realidad no es tan serio", dije, tartamudeando en mi prisa por convencerla de que realmente, en serio, no era tan serio. "En realidad no estamos saliendo, es más una cosa de amigos con derecho a roce". Sarah hizo una pausa, frunciendo un poco el ceño. "Ah, vale. Eso es diferente para ti". Intentó disimular su confusión con otra sonrisa. "Siempre te tomé por el tipo de compromiso a largo plazo. Pero, quiero decir, ¡tomarse un descanso de las relaciones después de una ruptura es bueno para ti! Y todavía tienes que conseguir polla de alguna manera, ¿no?". Me reí con ella, y aunque había conseguido convencerla, yo mismo me sentía mucho menos convencido.

No me había dado cuenta de lo difícil que sería intentar concentrarme en aprender en la clase de Chris. Tenía la esperanza de que, después de haber quedado tan satisfecha con nuestra última noche juntos, se calmarían algunas de las hormonas que él parecía provocar con sólo estar cerca de mí. No podía estar más equivocada. Esperar a que entrara en clase fue una tortura. Me sentía casi como si estuviera de nuevo en su cama, atada y esperando a que me tocara. Sentirme así, por supuesto, me trajo aún más problemas. "Buenos días, clase. Espero que hayan tenido un buen fin de semana. Vamos a empezar con Robert Frost, espero que todos hayáis podido leer durante el fin de semana. Si no, puede que tengáis algún problema esta mañana". Chris dejó su maletín sobre el escritorio y miró a la clase con esa sonrisa socarrona y cruel que

parecían tener todos los profesores antes de hacer algo que sabían que haría gemir a sus alumnos. "Saquen un trozo de papel, teléfonos lejos durante unos minutos". Se oyeron los esperados gemidos y el revolver de papeles. Saqué lentamente mi cuaderno y mi lápiz. Robert Frost había sido la única lectura a la que no había llegado la semana anterior. "Asegúrate de anotar lo de siempre, tu nombre y la fecha", empezó a caminar Kahal, como si estuviera pensando en lo que iba a preguntarme. Sus ojos parpadearon sobre los míos y le dediqué una pequeña sonrisa esperanzada. No parecía que fuera a tener piedad. Se acercó a la pizarra, cogió un rotulador y escribió en ella. "En no más de un párrafo, responde a esta pregunta: ¿Qué es el "sonido del sentido"? Les daré diez minutos para este pequeño ejercicio, tiempo de sobra. Empieza ahora". Me quedé mirando el papel sin comprender. ¿Qué clase de estudiante de inglés era yo que nunca había leído a Frost? Golpeé el lápiz con nerviosismo y levanté la vista para ver a Chris mirándome por encima de sus gafas. Estaba sentado en su pupitre, con el libro de texto abierto en el regazo, el regazo en el que sin duda iba a caer yo por no saberlo. Levantó las cejas y yo dije en silencio: "Lo siento". No podía estar completamente segura, pero parecía que me había dicho "chica mala". Me encogí en mi asiento. Me quedé sin tiempo y garabateé rápidamente en mi papel: "El sonido del sentido es el sonido de mi negativa a pasar por tu rodilla la próxima vez". Doblé el papel antes de meterlo en el montón que se iba pasando por la habitación. Intenté prestar atención durante el resto de la clase, pero Chris no paraba de hacer cosas con la boca y las manos que me llevaban a soñar despierta con cosas que no eran apropiadas para una clase. Cuando por fin terminó la clase, salí corriendo hacia la puerta antes de que pudiera descubrir mi vergonzosa respuesta. "¡Señorita Lola!" Me detuve a mitad de la escalera. Chris estaba ocupado con un pequeño grupo de estudiantes, pero había hecho una pausa en medio de su discusión para llamarme. "Si pudiera esperar unos minutos, me gustaría hablar de algo con usted". Consideré la posibilidad de desafiarle y marcharme de todos modos. Me quedé en la escalera, sin bajar pero sin subir. Me ardía la cara al pensar en mi estúpida respuesta metida allí entre las demás. ¿Qué clase de estudiante parecía? Claro que me acostaba con él, pero también seguía siendo mi profesor. Mis notas dependían de él. Cuando los demás estudiantes se fueron, Chris volvió a sentarse en su pupitre y me miró a mí, que me entretenía tímidamente en las escaleras. Torció el dedo. "Ven aquí, Lola. Me tomé mi tiempo para llegar hasta él. "¿Sí, profesor?" Aún estaba a dos metros de su mesa. Mucho espacio para correr. "¿Califico ahora la pregunta de su redacción?", dijo, rebuscando ya entre la pila de papeles. "Parece que te ha costado un poco". "No", dije rápidamente. "En realidad deberías esperar. Hasta que me haya ido. Lejos. En otra clase". Se rió entre dientes. "¿Crees que eso te salvará el culo de mí?". No. Probablemente no. Sonreí nerviosamente, observando cómo sacaba mi hoja de papel doblada y la dejaba sobre el escritorio. Parecía que lo miraba fijamente mucho tiempo antes de levantarme la vista. Cuando lo hizo, luchaba por mantener un rostro serio. "Señorita Lola", dijo, con la boca crispada. "Creo que sabe que ésta no es una respuesta aceptable". Mi trasero se crispó en anticipación. Todavía me escocía lo del sábado, ¡maldita sea! "Lo sé, señor. "¿No tuviste oportunidad de hacer la lectura? Pensé que Robert Frost sería alguien que te gustaría. Por eso lo elegí para esta semana. Originalmente había sido Herman Melville". "¿Ah, sí?" Me pilló por sorpresa.

"Sí. Acquainted with the Night es particularmente bello, uno de mis favoritos". Por un breve instante, pareció sinceramente decepcionado. "Yo... mierda... Lo siento", tartamudeo. "En realidad... se me olvidó. Lo olvidé completamente, Chris. Señor". "No quiero que tus notas se resientan, Liz", dijo, doblando de nuevo el papel y volviéndolo a colocar en el montón. "Eres una chica inteligente. Esta es una clase importante para ti. No puedo permitir que no participes". Agaché la cabeza, perdida. Tenía razón, por supuesto. Aprobar esta asignatura me permitiría estudiar en el extranjero el año que viene. "Lo leeré", le dije. "Lo prometo. Esta noche a primera hora". "O", dijo, inclinándose hacia delante en su asiento. "Si estás libre mañana por la tarde, reúnete conmigo en la biblioteca. Te ayudaré a estudiar". "¿En serio?" Se rió ante mi entusiasmo. "Por supuesto. Sigo siendo tu profesor, Liz. Es mi trabajo ayudarte". "Gracias, profesor", me abalancé para darle un beso en los labios antes de que pudiera detenerme, y luego me escabullí rápidamente fuera de su alcance y escaleras arriba. No podía azotarme en una biblioteca, ¿verdad?

El martes por la noche crucé el campus mucho más tarde de lo que estaba acostumbrada. La biblioteca estaba abierta hasta las once, por suerte, y el sol ya se había puesto cuando atravesé sus altas y ornamentadas puertas. La biblioteca era el edificio más antiguo de nuestro campus; había estado allí antes que la propia escuela. Siempre me había parecido el tipo de lugar que atraería a las brujas, o donde se reunirían cultos misteriosos en cámaras ocultas tras las estanterías. Chris me esperaba en la cuarta planta. Había docenas de salas de lectura en la 1ª planta, pero Chris había elegido una mesa apartada para nosotros cerca de la sección de Poesía, o eso me había dicho. Al principio, cuando salí del ascensor, no pude verle. Pero después de pasar junto a varias estanterías, lo vi al fondo, sentado junto a la pared en una mesa de madera oscura. Tenía varios libros apilados sobre la mesa redonda, y ya tenía uno abierto delante de él. Me detuve unos instantes antes de avisarle de mi llegada, admirando la forma en que apoyaba la barbilla en la palma de la mano, con un rostro extrañamente inocente, absorto en su lectura. La luz de las viejas bombillas amarillentas daba al lugar un aire cálido y romántico, y me alegré de que hubiera elegido este sitio en lugar de una de las salas de lectura más nuevas, iluminadas con fluorescentes. Romántico... ¿qué demonios me pasa? Por alguna razón, verlo aquí me estaba acercando peligrosamente a algo parecido a los sentimientos: una excitación vertiginosa e infantil que hacía que se me secara la boca al mirarlo. No se supone que sea así, Liz. No estás preparada para eso. No metas sentimientos en esto. Suspiré, sacudí la cabeza y me dirigí hacia él. Me oyó llegar y levantó la vista, haciéndome un pequeño gesto con la mano. "Vaya, vaya. Me preocupaba que no me encontraras aquí", dijo. Me senté frente a él, dejé la mochila junto a la silla y saqué el libro de texto. "Estás un poco escondido", dije. "Pero se está bien aquí arriba. Tranquilo". Sonrió. "Me gusta la soledad. No hay mucha gente interesada en los poetas de los siglos XV al XVI, ni siquiera en una escuela dedicada a la lengua inglesa". Miró las hileras de viejos volúmenes que nos rodeaban. "A mí también me gusta el olor de los libros antiguos". Asentí con la cabeza. "Ese olor a polvo. A historia. Papel viejo y gastado tocado por docenas de manos a lo largo de los siglos". Me miró sorprendido, con una expresión inusual en los ojos. No era la lujuria que estaba acostumbrada a ver en él, pero era algo parecido. Algo que, sin embargo, me puso la piel de gallina. "Exacto", dijo. "Me hace

sentir parte de algo...". Se aclaró la garganta, rompiendo el hechizo. "¿Volvemos a Frost?", dijo, dando golpecitos a la página que tenía delante. Pude ver el número de página que estaba consultando y hojeé rápidamente mi libro de texto. Era "Familiarizado con la noche", de Robert Frost. "He sido un conocido de la noche", empezó a leer Chris, en voz baja, pero su voz tenía una cualidad melódica que me hizo mirar con asombro. "He caminado bajo la lluvia y he vuelto bajo la lluvia. He caminado más que la luz más lejana de la ciudad". Me miró por encima de las gafas, con una sonrisa torcida en la cara. "Me miró por encima de las gafas, con una sonrisa torcida en la cara. "¿No se supone que los profesores leen a sus alumnos?". Asentí con la cabeza, temiendo que dejara de hacerlo. Por suerte, volvió a mirar la página y continuó. "He mirado por las callejuelas más tristes de la ciudad. He pasado junto al vigilante en su ronda. Y he dejado caer los ojos, sin querer explicarme". "Es tan solitario", dije, haciéndole hacer una pausa. "Lo es. Creo que la mayoría de los escritores se sienten un poco solos". "Hace bastante tiempo que no escribo nada", respondí. Solía escribir poesía todas las noches, pensando en versos en las cosas más sencillas, como la sombra que proyecta un árbol o una chica con un vestido de flores. Pero al cabo de un tiempo eso se había desvanecido. Ya no encontraba poesía en las cosas. Había encontrado decepción en el espejo, celos en la belleza. Y sí, soledad. "Deberías empezar de nuevo", dijo. "Escribir ha sido mejor terapia que lo que mi dinero ha podido comprar". Me reí, incrédula. "¿Has ido a terapia?". "Escondo bien mis problemas". Se subió las gafas por la nariz, de modo que captaron la luz y ocultaron sus ojos durante una fracción de segundo. "Como he dicho, la mayoría de los escritores se sienten solos. La soledad puede ser reconfortante o triste. A veces muy, muy triste. Yo, en cambio, tuve que aprender a hacerla reconfortante". Me dolía el corazón de pensar en él de esa manera. Parecía tan confiado, tan seguro de sí mismo. ¿Cómo podría un hombre así tener escasez de amigos o compañía? Por otra parte, la soledad no tenía por qué venir sólo de estar solo. Después de todo, yo había sentido mi soledad peor antes de que Jay me dejara. "Lo entiendo", dije. "Al menos recibiste ayuda para lo que sentías. Es mucho mejor que lo que yo he hecho hasta ahora". Se inclinó hacia delante en su silla, mirándome con curiosidad. "¿Y qué has hecho hasta ahora?". "Ignorar mis problemas. Fingir que no veo banderas rojas realmente obvias. Ahogar la tristeza en vino y macarrones con queso de caja". Se rió. "Eso suena... extremadamente dramático. Y poco saludable". Me encogí de hombros y le sonreí con descaro. "Lo que ves es lo que hay. Eso te pasa por irte a casa con una chica muy borracha en un bar de una fraternidad". "Como tu profesor", dijo, burlonamente serio. "No me siento capacitado para darte consejos sobre tu salud mental". Hizo una pausa y añadió. "Como tu amigo, sin embargo, te daré consejos no solicitados tan a menudo como crea que es necesario, e insistiré en que los sigas. Así que volveremos otra vez sobre este tema". Mi amigo. El simple comentario me hizo sentir estúpida y cálida y confusa por dentro. Pero también me hizo sentir ansioso. Ansioso porque no me parecía suficiente. Estuvimos reflexionando sobre Frost durante casi una hora, alternando entre sus poemas para establecer comparaciones. Al final, Chris me explicó qué era eso del "sonido del sentido", y no tenía nada que ver con sus azotes. A medida que avanzaba la noche, la biblioteca se iba vaciando cada vez más. No quedaba nadie en la cuarta planta con nosotros. Me froté los ojos, empezando a cansarme de las horas mirando

letra pequeña. "¿Te aburres de estudiar?", me preguntó, observando cómo me estiraba en la silla y arqueaba la espalda. Asentí con la cabeza apoyada en la mano. Él apartó un poco la silla de la mesa, pero no se levantó. Tengo un poema más que me gustaría repasar contigo. Ven, siéntate en mi regazo. Creo que puedo ayudarte a estudiar un poco más".

Miré nerviosa a mi alrededor, aún sabiendo que la planta estaba vacía aparte de nosotros dos. "¿En la biblioteca?" susurré. Su expresión mostraba claramente su disgusto por mi vacilación. "Sí, en la biblioteca", dijo. "Cuando quiera y donde quiera es donde te tendré. Pero sólo si te lo ganas, ¿recuerdas?". Me dedicó una sonrisa gatuna y palmeó su regazo. "Ven. Siéntate". Me levanté y fui hacia él. Antes de que pudiera sentarme, me agarró por la cintura y me apretó contra él. Sentí su bulto a través del pantalón y mis ojos se abrieron de par en par, excitados de inmediato. Me cogió suavemente las muñecas con las manos y las colocó sobre la mesa, a ambos lados del libro, dándome un ligero beso en el cuello. "Muy bien, señorita Lola", Chris habló justo en mi oído, enviando escalofríos muy distintivos por mi espina dorsal que se asentaron en la parte baja de mi espalda. "Pase a la página 394". Me soltó las muñecas y empecé a hojear el libro obedientemente. La sección a la que había llegado era Poetas del siglo XIX, y encontré los versos de Anne Reeve Aldrich -de quien nunca había oído hablar- en la página que me había indicado. "Esto no forma parte de la lectura", murmuró, sus labios encontraron esos puntos sensibles a lo largo de mi cuello y se aprovecharon al máximo. "Pero sigo pensando que es un estudio valioso". Sus dedos se clavaron en mis caderas mientras me besaba el cuello para poder mordisquearme el pendiente. Sentí el impulso irracional de retorcerme, la estimulación volvía a golpear ese punto extraño que me provocaba oleadas de tensión en la espalda. Sonreía de excitación, incapaz siquiera de concentrarme en las palabras que tenía delante. Volvió a apretarme peligrosamente y gruñó: "Empieza a leer, pequeña". Me aclaré la garganta en silencio, sabiendo que esta vez sí que tendría que vigilar mi ruido. "Servidumbre", leí. "Por Anne Reeve Aldrich". Las manos de Chris se deslizaron bajo mi camisa. Se deslizaron por mi vientre y jugaron sobre la superficie de mi sujetador, burlándose de las partes expuestas de mis pechos. Controlé mi respiración, decidida a resistirme. "La iglesia estaba en penumbra durante las vísperas", leí. "Mis ojos estaban puestos en la Víspera". Sus dedos se introdujeron bajo mi sujetador. Me acariciaron los pezones, casi haciéndome tartamudear. Se me cortó la respiración y él tomó un pezón entre dos dedos y lo apretó. Cerré los ojos y contuve la respiración. "¿Algo va mal?", se burló. Sus manos abandonaron mis pechos y bajaron. Recorrieron todas mis curvas, apreciando mi silueta, hasta que encontraron la parte superior de mis vaqueros. "¿Estás distraída? "No, señor", dije, abriendo los ojos con determinación. Volví a mirar el poema, mis ojos apenas enfocaban la página. "Pero aun así te sentí cerca de mí, en cada gota de sangre. Había abierto el botón de mis vaqueros. Bajó la cremallera y sus dedos rozaron tentadoramente mis bragas. No lo suficiente para estimularme de verdad, pero más que suficiente para alentar mi excitación. Volví a intentar terminar el verso: "En desamparo... ¡ah!". Sus dedos se habían deslizado por debajo de mis bragas, encontrando su terreno de juego en la parte más sensible de mi cuerpo. Tuve que concentrarme para no gemir mientras Chris hacía movimientos circulares sobre mi clítoris, provocándome escalofríos. Intenté que mis piernas no empezaran a temblar.

"Continúa", me ordenó. "No te he dicho que dejes de leer". "I-" Sus dedos entraron en mí. Me estremecí y volví a apretarme contra él, con un jadeo forzado por la repentina intrusión. Me abrazó con más fuerza, manteniéndome firmemente sobre su regazo mientras empezaba a meter y sacar lentamente dos dedos. Gemí detrás de mis labios apretados, incapaz de contenerlo. Sentí una risita de Chris y sus dedos se detuvieron dentro de mí, acariciando mi núcleo. "Sigue leyendo, Liz", dijo, con la voz cargada de promesas. "No me obligues a castigarte aquí". Mi trasero se tensó ante la sugerencia. No quería ni imaginar lo difícil que sería permanecer callada durante uno de los castigos de Chris. O peor aún, qué métodos usaría para asegurarse de que me quedara callada. Apreté las manos contra el tablero y volví a concentrarme en las palabras. "En indefensa y temblorosa esclavitud", dije, "el peso de mi alma descansa sobre ti". Sus dedos despiadados iban a llevarme al límite. Mi voz temblaba. "¡Oh, no me llames a altas horas de la noche, no sea que acuda a ti!". Volví a gemir mientras terminaba la lectura, inclinando la cabeza hacia la mesa cuando mi placer empezó a alcanzar su punto álgido. "No te corras todavía", siseó bruscamente, pero sus dedos seguían sin hacerlo. "Aún no hemos terminado. Tu lección no ha terminado". "¡Aahh, por favor!" gemí. Intenté tensar los músculos para evitar el orgasmo, pero eso sólo me acercó más. Intenté relajarme, pero todo mi cuerpo temblaba mientras luchaba. "No puedo, Chris", gemí. "No puedo parar. Sus dedos se retiraron de inmediato y casi grité de frustración. Me empujó con las manos en la cintura y me inclinó sobre la mesa, bajándose los vaqueros y las bragas en un movimiento fluido. Permaneció sentado detrás de mí, y le oí meterse los dedos en la boca, chupando mi sabor. Dios. Maldita sea. "Si no puede controlarse, señorita Lola", dijo, con voz severa. "Entonces voy a tener que hacer esto un poco más desagradable para usted. Ponga las manos detrás de la espalda". Obedecí, gimoteando al hacerlo, obligándome a apoyarme en la mesa. Me pregunté si podría usar la palabra de seguridad para poner fin a las burlas y conseguir un orgasmo. Lo dudaba. Si pronunciaba esa palabra, todo se detendría. Apoyé la frente contra el libro mientras él me agarraba las muñecas con la mano y las sujetaba con firmeza. Los dedos de la otra mano me acariciaron los labios y los presionaron con exigencia. "Chupa", me dijo. "Mójamelos bien". Me llevé los dedos a la boca y los recorrí con la lengua, como deseaba desesperadamente hacer con otra de sus partes más duras. Satisfecho, retiró los dedos y los acarició de repente sobre la otra entrada. Chillé y salté contra la mesa, haciendo que me apretara las manos con más fuerza. "Relájate", me dijo. "Si estás tensa, te dolerá". "¡No estoy segura, Chris!" estallé, empezando a forcejear contra él. Nunca había tenido a nadie ahí abajo. Incluso la sutil presión de sus dedos me indicó lo tensa que estaba. Por suerte, hizo una pausa y me dio un momento para respirar. "¿Quieres que pare?", dijo. Esperó mi respuesta mientras yo lo pensaba desesperadamente. Por supuesto que no quería que parara. Quería que siguiera, que siguiera empujando, que me llevara hasta el límite y luego me penetrara. Pero también tenía miedo. De algún modo, el miedo lo hacía aún más delicioso. "No", me rendí al fin. "Por favor, no pares".

"Buena chica", pude oír el orgullo en la voz de Chris cuando acepté, y me produjo un cosquilleo en el estómago. "Esto también es por tu bien. Necesito que aprendas bien esta lección". Sus dedos, resbaladizos por mi propia saliva, siguieron acariciando mi apretada abertura. Intenté relajarme, pero el movimiento no me gustaba. ¿Cómo iba a

conseguir meterme un dedo? Tuve que reconocer que sus caricias seguían provocándome oleadas de placer. Excepto que ahora, cada caricia estaba salpicada por el temor de que fuera éste el que presionara dentro de mí. "Voy a necesitar que me digas por qué es tan importante que apruebes esta clase, Liz", dijo Chris, tomándose su tiempo para prepararme. "¿Qué es lo que te propones?". "Necesito aprobar, porque..." Jadeé y levanté la cabeza de la mesa. Su dedo había entrado en mí. Se sentía apretado, humillante... pero extrañamente gratificante. Volví a bajar la cabeza con un gemido bajo. "Háblame, Liz", gruñó Chris, haciéndome estremecer. Quería obedecer. Quería que me dijera que era una buena chica. "Necesito pasar porque quiero... quiero ir al extranjero", conseguí decir antes de que me consumiera de nuevo la sensación. Había sacado el dedo para volver a meterlo inmediatamente. ¿Cómo era posible que algo tan pequeño me apretara tanto? "Quieres ir al extranjero", repitió Chris. "Eso es. A Europa. ¿Y cómo vas a ir allí si ni siquiera tienes la disciplina para aprobar una simple clase de literatura inglesa?". "S-sí tengo d-disciplina". Mi voz perdía fuerza rápidamente mientras me retorció sobre el tablero de la mesa. Mis músculos empezaban por fin a relajarse, mientras el ardor causado por su dedo daba paso a un placer peculiar y envolvente. Nunca algo me había hecho sentir tan traviesa, tan avergonzada y, sin embargo, tan absolutamente cautivada. "¿Ah, sí?" Su dedo presionó hasta el fondo, más allá del nudillo, todo lo que pudo. Sollocé ante la combinación de dolor y placer, deseando poder agarrarme a algo. En lugar de eso, sólo podía hacer fuerza contra el agarre que Chris tenía en mis muñecas. "Si tuvieras disciplina, habrías seguido leyendo. Si tuvieras disciplina, habrías sido capaz de responder a mi pregunta de redacción. Si tuvieras disciplina, no estaríamos aquí ahora, ¿verdad, Srta. Lola?". "No, no estaríamos", gemí patéticamente. Podía sentir el calor creciendo justo debajo de donde me había penetrado, mis otras partes suplicando atención y no recibiendo ninguna. "Voy a estirarte, Liz", dijo Chris de repente, su voz no dejaba lugar a discusión. "Para que lo recuerdes". Ya era imposible que olvidara su "lección". Sentí la presión de otro dedo, y mis gemidos se convirtieron en un ruido constante que no podía acallar mientras me retorció y encogía de miedo. El segundo dedo presionó con más fuerza, haciendo que el dolor me recorriera. "Para, para, para", balbuceé, incapaz de contener el miedo al estiramiento que me había prometido. No presionó más, pero tampoco se retiró. "No puedo - no - demasiado - demasiado apretado - Chris por favor -" "Ssshhh", me hizo callar. "Puedes decirlo, Liz. Pararé". La palabra. La tenía en la punta de la lengua. Incluso aquí, en mi estado más débil y vulnerable, aún tenía ese poder sobre él. Una sola palabra y pararía sin dudarlo. Esa comprensión me reconfortó. Podía llevarme a este estado de abyecta humillación y aun así tratarme con respeto. No más forcejeos, no más jadeos, no más empujones ni estiramientos. Pero tampoco placer. Sin liberación. Pasaría el resto de la noche frustrada hasta que pudiera llegar a casa y darme una respuesta exigua e insuficiente al problema. Sin duda, si le paraba, no sería la única que se iría a casa insatisfecha. Podía sentir la tensión en su cuerpo, el deseo de tenerme. Me dio una valentía que no sabía que poseía. "Puede seguir, señor", le dije. "Necesito que me digas que lo deseas". Sus dedos rozaron tentadoramente mis mejillas, deslizándose bajo las pequeñas curvas y apreciando cada centímetro. "Lo quiero, señor", le supliqué. "Por favor. Quiero más". La reentrada de sus dedos -dos a la vez- me hizo morderme el

labio mientras apenas lograba contener un grito primitivo de dolor y placer. Empezó a deslizarse lentamente dentro y fuera, aumentando la velocidad a medida que me abría a él. Mi clitoris palpitaba tanto que empecé a frotarme contra la mesa. "Espero que prestes atención en clase a partir de ahora", me regañó. "Cada vez que no lo hagas, habrá un castigo para ti. No quiero que pierdas tus estudios por culpa de tus deseos". Su mano izquierda me soltó las muñecas de repente, me agarró por el medio y me empujó contra su pecho. Con el brazo entre mis pechos, me agarró por la garganta y siguió castigándome con la otra mano. Sentí que me llegaba el orgasmo y casi se me doblaron las rodillas. "Por favor, señor", grité. "Por favor, déjeme correrme esta vez". "No te atrevas a correrte hasta que te dé permiso", siseó. Todo mi esfuerzo se concentró en obedecer, con los ojos en blanco mientras sus dedos empezaban a hacer tijeras al introducirlos y sacarlos. ¿De verdad estás a punto de tener un orgasmo por tener dos dedos en el culo? "Espera a que sea mi polla la que esté dentro de ti". Joder. La sola idea me debilitaba. Ahora me sostenía casi por completo. Sacudía la cabeza frenéticamente, sabiendo que iba a fracasar. "¡Por favor, señor, no puedo contenerme, por favor, quiero correrme!". Me apretó la garganta, cortándome el aire mientras decía: "Entonces córrete para mí, nena". Mi conciencia pareció perder el sentido durante varios segundos mientras el éxtasis me inundaba. Sentí que me apretaba más contra sus dedos, lo que no hizo sino aumentar la abrumadora estimulación. Me abrazó, con su cuerpo caliente y duro contra mí, y le oí jadear mientras me invadía el placer: "Joder, Liz, qué guapa eres". Lo siguiente que supe fue que me levantó y me apretó contra la pared, con su miembro fuera y listo. Mi coño prácticamente lo suplicaba. Estaba flácida como la gelatina, apenas capaz de sostenerme sobre mis dos pies. Me penetró, gimiendo mientras lo hacía, sujetándome las muñecas contra la pared mientras disfrutaba. "Oh, Dios, Liz", dijo entre dientes apretados, presionando su cara contra mi cuello mientras lo sentía hincharse dentro de mí. Aferré la pared cuando se soltó, y una sonrisa de felicidad se dibujó en mi rostro.

Chris me acompañó a mi coche a través de los aparcamientos iluminados por lámparas. Aún me temblaban las piernas y, en cuanto pasamos el último edificio del campus, me rodeó con el brazo. Mis ojos se abrieron un instante y casi tropiezo con mis propios pies. "Cuidado", murmuró, abrazándome un poco más fuerte y riéndose entre dientes. "¿Crees que podrás conducir?". "Sí, estaré bien". Casi inmediatamente me arrepentí de haber respondido afirmativamente. Quizá si hubiera dicho que no, me habría llevado él mismo. No tenía muchas ganas de separarme de él. Demasiado pronto llegamos a mi coche. Al principio no me soltó, sino que me puso delante de él para que me apoyara en el coche. Sus manos exploraron mi cuerpo, pero evitaron burlonamente mis pechos. Me acarició el cuello y me sujetó la barbilla, inclinando mi cara hacia él. "Disfruto demasiado contigo, Liz", me dijo en voz baja. "En realidad, no debería disfrutar de ti en absoluto". Le sonreí con satisfacción. "Los placeres prohibidos son los mejores, ¿verdad?". Se inclinó y me besó castamente la mejilla. "Ése es el problema. No es sólo que estén prohibidos". Me miró a los ojos un momento mientras se apartaba, sus ojos intensos con un anhelo que no esperaba. "Conduce con cuidado. Te veré mañana en clase". Me dejó de pie, atónita. ¿Realmente había insinuado que le gustaba como algo más que una aventura? Pero se suponía que esto no iba en serio... no debía haber sentimientos... Subí al coche y agarré el volante hasta que los nudillos

se me pusieron blancos. Ese era el problema, ¿no? Era demasiado bueno. Demasiado atractivo. Tan decidida como estaba a no enamorarme de él, a no enamorarme de nadie, ¡y mucho menos de mi propio profesor! - aquí estaba yo, con el pecho dolorido, deseando poder invitarle a mi casa. Deseando que se quedara conmigo toda la noche. Me dieron ganas de abofetearme. Ni siquiera quería pensar así. No estaba en posición de empezar a tener sentimientos. Había pasado dos años perdiendo el tiempo amando a alguien. No iba a volver a cometer ese error. Al menos... no por un tiempo. Arranqué el coche y encendí los faros. Al hacerlo, me fijé en el coche aparcado a un par de filas de mí. Tardé un momento en darme cuenta de quién era el ocupante, cuya mirada de asco absoluto me hizo recuperar el aliento. Era Jay, y me había visto con Chris. Me retrasé antes de entrar en clase al día siguiente, con la esperanza de que Jay llegara antes y yo pudiera entrar sin llamar la atención. Al mismo tiempo, me dije que era tonta por preocuparme. Jay no tenía nada que reclamarme, había sido él quien había roto. Pero aquella expresión de disgusto en su cara fue inolvidable. Estaba furioso. No me cabía duda de que había reconocido a Chris. ¿Era tan psicótico como para denunciarlo? ¿Para hacer que Chris perdiera su trabajo y posiblemente sus esperanzas de graduarse? La idea me ponía enfermo. Tenía que actuar con calma. No podía dejar que me viera entrar asustado. Jay llegó al aula antes que yo. Cuando entré, sus ojos entraron en contacto con los míos casi de inmediato. Aparté la mirada, pero no lo bastante rápido. Mierda, lo sabía, realmente lo sabía. Y conociéndole, no iba a dejarlo pasar. Una vez sentada, saqué mis apuntes y fingí que no pasaba nada. Anoté toda la información de las diapositivas, con la mano acalambrada por el ritmo frenético. Varias veces levanté la vista y vi que Chris me observaba, y se me hizo un nudo en el estómago. Podía estar a punto de costarle todo. No podía soportarlo. No podía permitirlo. En cuanto terminó la clase, salí corriendo hacia la puerta. Al subir las escaleras oí un rápido "¿Señorita Lola?" de Chris. Ni siquiera me detuve, miré hacia atrás y dije: "Lo siento, Sr. Travis, tengo que ir a mi próxima clase". Me sentí fatal por haberle ignorado. Pero si Jay veía que me demoraba en volver a hablar con él, eso sólo le serviría de acicate si ya se sentía tentado de denunciar esto. ¿Podrían realmente despedir a Chris por esto? Después de todo, lo único que Jay había visto era un beso en la mejilla. Chris seguía siendo técnicamente un estudiante del campus, ¿podrían responsabilizarlo por simplemente salir con otra persona en su propia escuela? Claro que podían. Esta era la clase de mierda de la que estaban hechos los escándalos. Sabía que tenía que decirle a Chris que nos habían visto. Pero cada vez que abría el teléfono para enviarle un mensaje, no conseguía hacerlo. ¿Y si decidía que las cosas se habían puesto demasiado arriesgadas y no quería volver a verme? Eso es exactamente a lo que te apuntaste, estúpida. Le había dicho desde el principio que no quería que esto fuera serio. Sexo casual, sin emociones, fácil. Si uno de los dos decidía romper y seguir su propio camino, no debía ser un gran problema. Entonces, ¿cómo diablos había resultado que yo estaba aquí sentada preocupándome de que él protegiera su propio trabajo no viéndome más? Tal vez no tenga que ser así. Sólo tendríamos que ser más cautelosos. Sólo vernos fuera del campus. No ser vistos el uno con el otro. Eso era factible. Excepto que ya nos habían visto. Si Jay quería hacer algo al respecto, no teníamos que ser atrapados de nuevo. No tiene pruebas. Seguro que los funcionarios no se van a fiar de la palabra de un ex novio celoso. Si ambos lo

negábamos, ¿a quién era más probable que creyeran? Esa noche seguía estresada cuando llegué a casa. Me dejé caer en el sofá, soltando un fuerte suspiro. Aún no le había enviado un mensaje de texto a Chris, y empecé a pensar que esta conversación sería más apropiado tenerla en una llamada. Charles saltó a mi lado y frotó su enorme cuerpo mullido contra mí, como si intentara consolarme con su suave pelaje y sus ronroneos de gatito. Le rasqué el lomo. "¿Qué hago Charlie?" le dije. Dio un poco más de... en respuesta. "¿Y si no quiere verme más?". Imaginé que la respuesta de Charles sería: "Entonces será lo mejor. Si te importa algo, déjalo ir. Vuestros futuros individuales son mucho más importantes que los placeres temporales. Ten el respeto de comunicarle lo que ha pasado, para que pueda tomar la decisión por sí mismo". Podía interpretar muchas cosas en maullidos de gato. Mi futuro como loca de los gatos estaba confirmado. Se me había acabado el vino, así que hasta mi valor líquido se había agotado. Con el corazón en la garganta, cogí el teléfono y le llamé. Un timbrazo. Luego dos. Luego tres. No paraba de sonar. Golpeé el pie con impaciencia. Vamos, Chris. Ahora no es el momento de no contestar al teléfono. La llamada saltó al buzón de voz. Frustrada, tiré el teléfono al sofá e intenté relajarme. De todos modos, esta noche ninguno de los dos podía hacer nada. Tendría que volver a intentarlo mañana. Pero eso también significaba preocuparse hasta entonces. Llevaba casi una hora con la mirada perdida en Netflix cuando sonó mi teléfono. Era Chris, disculpándose por haber perdido mi llamada y diciendo que había estado en una reunión. Respiré aliviada al tener noticias suyas, pero ahora tenía que reunir las palabras... Le pregunté si podía llamarle y le dije que teníamos que hablar. Me respondió que estaba conduciendo y que me llamaría cuando pudiera. La espera me estaba matando. Empecé a cuestionarme, a preguntarme si estaba dando más importancia de la que tenía. Pasaron casi 20 minutos y por fin sonó mi teléfono. Me temblaban las manos cuando lo cogí. "Hola, Chris", dije, dándome cuenta de lo tensa que sonaba mi voz. "Hola, Liz. Siento haberte hecho esperar". "No pasa nada. Escucha, hay algo de lo que tenemos que hablar..." "Espera un segundo..." Hubo un sonido de arrastre, como si estuviera moviendo bolsas de plástico. "Primero abre la puerta". Me quedé mirando la puerta. De ninguna manera. La abrí como si esperara a un asesino en serie. Chris estaba allí, colgando el teléfono, con una bolsa de plástico de Wal-Greens. Sonrió con esa sonrisa torcida e insegura que me hacía estremecer de un modo totalmente distinto a como lo hacía su sonrisa diabólica habitual. "¿Qué haces aquí? pregunté, incrédula. Chris levantó la bolsa que llevaba y pude ver que asomaba la parte superior de una botella de vino. "Sé que hoy estabas disgustada", dijo. "No sé si he sido yo u otra cosa, pero he oído que estas cosas ayudan". Cogí la bolsa, luchando por levantar la mandíbula del suelo. Había una botella de vino tinto -y no de la marca barata que solía comprar- y medio litro de helado Ben & Jerry's. Lo cogí, realmente sorprendida. Lo cogí, realmente emocionada al ver el delicioso postre. "Este es mi favorito", murmuré. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Mierda. Todas mis preocupaciones, esperas y preparativos y aquí estaba él, en mi puerta, con helado y vino. Sonrió, parecía bastante orgulloso de sí mismo. "Bien. Ahora sé que soy inesperado. No tienes que invitarme a pasar. Puedo irme y seguimos hablando por teléfono". "No, no, por el amor de Dios, entra, Chris", le abrí la puerta, volviéndola a cerrar rápidamente y sacando la pierna para impedir que Charles se escapara. Me alegré de que viera mi piso limpio por

primera vez. Al menos esto demostraba que no era una completa vaga. "¿Quieres un poco?" Dije, mientras buscaba mi corcho de vino en los cajones de la cocina. Para ser algo que usaba casi todos los días, me las arreglaba para perderlo con la misma frecuencia. "Claro", dijo apoyándose en el marco de la puerta de la cocina. Llevaba una camiseta ajustada con unos vaqueros y unas Vans negras. No era el tipo de atuendo que yo esperaba. "¿En qué tipo de reunión estabas?", le pregunté. le dije, mirando sus zapatos para enfatizar mientras nos servía un vaso a los dos. "Era con uno de mis profesores", dijo, aceptando el vaso que le ofrecí con una sonrisa. "De hecho, yo también tengo clase los lunes y los miércoles". No sabía por qué nunca se me había ocurrido preguntarle por sus propias clases. Nunca se me había ocurrido que un profesor tuviera clases como el resto de los estudiantes. Me siguió hasta el sofá, donde Charles decidió inspeccionar su regazo y acurrucarse en él. Me preocupaba que se molestara por los pelos de gato en su ropa, puso chasqueó la boca en el universal "sonido de gatito" y rascó bajo la barbilla de Charles. "A mi gato le gustas", dije incrédula. "Y realmente no le gusta nadie". "Conseguir gustarle al gato está a la par de conseguir gustarle a la madre", dijo Chris, mientras Charles se inclinaba apreciativamente sobre su mano. "Quizá incluso más. Normalmente no tienes que vivir con la madre". Me mordí el labio, sabiendo lo que tenía que decirle. Di un trago profundo y ardiente al vino, y solté: "¡Mi ex nos vio anoche en el aparcamiento!". Muy buena, Liz. Había admitido que no era así como pretendía decírselo. Al principio parecía confuso, luego frunció el ceño. "Así que te vio con otro hombre. Eso no es asunto suyo". "Está en tu clase", dije, y su ceño se frunció aún más. "Tuvo que reconocerte. Le vi y parecía tan... enfadado". Chris agitó el vino en su vaso y se pellizcó el labio inferior con los dedos. "Ya veo. ¿Y crees que estaba tan enfadado como para contárselo a alguien? Creía que te había dejado por decisión propia". "Lo hizo", dije, exasperada por la situación. "Es que... es posesivo. Es ese niño que no quiere un juguete hasta que otro juega con él". Chris enarcó una ceja. "¿Ese es el tipo de sociópatas con los que sueles salir?". Me sonrojé, sintiéndome más que avergonzada. "Fui demasiado estúpida para aceptarlo mientras estuve con él", dije tensa. "No sabía. . . Quiero decir. . . lo sabía. Es que. . . Había pasado tanto tiempo deseando que funcionara. . ." Me encogí de hombros inútilmente. "No te llames estúpida", dijo Chris con severidad, acercándose para acomodarme el pelo detrás de la oreja. "O te pondré sobre mis rodillas". Al ver que me arrancaba una risita nerviosa pero aliviada, Chris se giró en el sofá para mirarme más de frente. "No te culpes. Los dos decidimos hacerlo, sabiendo que probablemente era una estupidez. Si tu ex decide ir a contárselo a alguien del instituto, ya nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento. No tiene pruebas. Es la palabra de un sociópata contra la nuestra". Agacho la cabeza y me miro los dedos de los pies. "Así que tú... ¿te parecería bien... seguir pasando tiempo conmigo? Quiero decir, ¿seguir haciendo... lo que hemos estado haciendo?". Parecía confuso mientras seguía acariciándome el pelo. "¿Y por qué exactamente dejaría que tu ex me asustara y me alejara de ti?", dijo. "Un chico así no me asusta". "Deberían hacerlo los funcionarios del colegio", dije, sin poder apenas mirarle. Odiaba estar tan asustada. Odiaba que me aterrara la idea de que pudiera irse. Odiaba saber que tendría que dejarlo si lo hacía. "Te despedirían, Chris. Podrían impedir que te graduaras. ¿Y si te expulsaran?" "De eso me tengo que preocupar yo", dijo con firmeza.

"A ti no. Hacer esto fue mi elección, conociendo los riesgos. De todos modos, creí que merecías la pena". Quería preguntarle a qué se refería exactamente cuando dijo que yo valía la pena. Seguramente se refería a que el sexo valía la pena, la gratificación, el placer. De eso se trataba. Aun así, me hizo sonreír oír eso. Apreté la cara contra su mano, que había empezado a jugar con mi oreja. "Ven aquí", dijo, y se recostó en el sofá. Charles cedió cortésmente su sitio y yo me recosté contra el pecho de Chris. Sentir su calor y sus brazos a mi alrededor hizo que toda la ansiedad que me había atormentado durante todo el día se desvaneciera. De repente me sentí agotada y se me cerraron los ojos. Me quedé unos minutos absorta en su intimidad, disfrutando de ella. Entonces los dedos de Chris empezaron a acariciarme suavemente el brazo y prácticamente me derretí. "Qué rico", gemí en su pecho. "Estás muy tensa, pequeña", dijo con desaprobación. "¿Has estado preocupada por esto todo el día?". "Sí", murmuré somnolienta. "No podía concentrarme en clase. Quería decírtelo. Es que. . . Pensé que tú . . ." Enterré mi cara contra su camisa, amortiguando mis palabras. "Pensé que ya no querías verme". Sus dedos se detuvieron en sus caricias. Quería gritarle que siguiera, me sentía tan bien. ¿Qué demonios me pasaba? ¿Por qué este hombre me debilitaba en el mejor de los sentidos? "¿Hay algo más que quieras de mí, Liz?", dijo lentamente, mientras sus dedos reanudaban sus celestiales caricias. "Sé que dijiste que querías que esto fuera casual. Que no estabas lista tan pronto después de tu última relación para algo que requiriera un compromiso emocional. Pero quiero asegurarme... de que estás bien". Jugué con los botones de su camisa. La vocecita interior empezaba a asustarme. Gritaba cosas que no quería. O al menos, lo que yo creía que no quería. Deseé poder pedirle que se retractara. Pero estaba en silencio, esperando mi respuesta. "Estoy bien", mentí. Me alegré de que no me obligara a mirarle. "Sigue siendo lo que quiero". No hizo una pausa, ni me acusó de mentir, ni me exigió que reconsiderara mi respuesta. En lugar de eso, dijo: "Que sepas que no quiero irme, Liz". Suspiró, mientras sus dedos tiraban ligeramente de mi pelo. "Esto es la felicidad para mí". Bajé la cabeza y la apreté más contra él. Lo último que necesitaba era que él viera todas las emociones que había negado tener brotando de repente de mis ojos. A la mañana siguiente me desperté sobresaltada y confusa. Estaba abrazada, tenía calor y Charles dormía a mis pies. Me rodeaba un aroma familiar, entre colonia desvanecida y dulce sudor matutino. El pecho sobre el que estaba tumbada roncaba suavemente. Chris se había quedado a dormir. Me quedé de piedra. Ni siquiera habíamos tenido sexo. ¿No se suponía que pasar la noche estaba reservado sólo para las relaciones "amorosas"? No quería moverme, no fuera a ser que rompiera aquel momento de paz y nunca pudiera volver. Llevaba la camisa parcialmente desabrochada y, en algún momento, había dejado sus gafas sobre la mesita, junto a nuestras copas de vino vacías. Estaba ocurriendo exactamente lo contrario de lo que me temía. Chris no se había ido. No me había abandonado a la primera señal de problemas. No sólo eso, sino que me sentí aliviada de que no lo hubiera hecho. ¿Me estaba enamorando de Chris Travis? Tal vez la mejor pregunta era, ¿él se estaba enamorando de mí? Ni siquiera podía permitirme considerar eso. Pero me permití dormir un poco más acurrucada contra él. Finalmente, sentí que empezaba a despertarse. Suspiró pesadamente, estiró los brazos y volvió a relajarlos alrededor de mí. Le miré con los ojos muy abiertos. "Buenos días. Sonrió, con ojos soñolientos. "Buenos días. Sus

dedos se enredaron en mi pelo. "Tienes un sofá muy cómodo". "Tú tienes un pecho muy cómodo". Sonrió ampliamente, pasándose una mano por la cara mientras buscaba sus gafas. Me senté, lamentando internamente el cómodo pecho que estaba dejando. "¿Tienes hambre? Puedo hacer bacon y patatas fritas". "Me muero de hambre", miré sus ojos oscuros ajustarse detrás de sus gafas, y luego miró rápidamente la hora en su teléfono. "Mierda. Tengo que ir a trabajar dentro de una hora". Miró su ropa y se levantó rápidamente del sofá. "Esto estará bien. ¿Te importa si me ducho aquí?" "No hay problema. Está al final del pasillo a tu derecha". Ya se estaba quitando la ropa. Su pecho desnudo despertó algo en mí que me hizo querer rastrillar mis uñas sobre él, reclamando mi territorio como un gato. Excepto que no es mi territorio. Deja de pensar así, Liz. Se detuvo a medio camino del baño y volvió a mirarme. Llevaba unos Calvin Klein blancos y nada más. Enarcó una ceja y dijo: "¿Me acompañas?". Claro que sí. Prácticamente salté del sofá, para su diversión. La combinación de mimos matutinos y un hambre cada vez mayor me estaba calentando rápidamente. Me detuvo a la salida del baño y empezó a quitarme la ropa lentamente. Primero me quitó la camiseta y me besó el vientre y los pechos mientras me la quitaba. Luego me quitó el pantalón de chándal, que siguió con un rastro de besos. De rodillas, me agarró de las caderas y me amasó las mejillas con los dedos. "Sabes, es muy difícil no decir que esto es mío", me dijo. Me dio una nalgada aguda y juguetona, haciéndome saltar. "No estoy acostumbrado a no reclamar a una mujer por completo". Se levantó, pasó los brazos por detrás de mí y me desabrochó el sujetador. Le miré y se me aceleró la respiración cuando me masajeó los pechos y me pasó los dedos por los pezones. "¿Qué intenciones tiene conmigo, señor Travis?". dije, en parte en broma y en parte en serio. Así que él también quería conquistarme, ¿no? "Mis intenciones", gruñó. "Son ponerte de rodillas con tu cuerpo habiendo sido complacido de todas las formas posibles, y cuando te pregunte a quién perteneces, que respondas sin dudar: "A usted, señor". "Tragué con fuerza. Maldita sea, qué caliente. También era completamente contrario a lo que habíamos acordado que era exactamente esta relación. Pero eso empezaba a importarme cada vez menos. "Supongo que primero tendrás que esforzarte en complacerme de todas las formas posibles", dije, sintiéndome bastante atrevida después de haberlo visto de rodillas. Esa sensación se disipó casi de inmediato cuando me agarró la nuca con las manos y me dedicó una sonrisa diabólica. "Hoy eres una chica muy exigente, ¿verdad? Me hizo retroceder hasta el cuarto de baño, rompiendo el contacto visual sólo para abrir la ducha. "¿Es eso realmente lo que quieres? ¿Estás segura?" ¡Maldita sea, ahora no estaba tan segura! Tenía una manera de hacer que las cosas más simples sonaran deliciosamente aterradoras. Vio mi vacilación y su sonrisa se ensanchó. "De cara a la pared", dijo. "Y bájate las bragas". Hice lo que me dijo, me di la vuelta y me quité las bragas de los tobillos. No me tocó, aunque yo deseaba que lo hiciera. Sentía sus ojos recorriendo mi cuerpo completamente desnudo y me estremecí. Esperar era lo más difícil. Sacaba a relucir la mocosa que había en mí, que quería gritarle que se pusiera manos a la obra. Pero no me atrevía a hacerlo. No podía ni imaginarme las torturas que me infligiría si me atrevía a exigirle que me tocara. "Inclínate hacia delante, puedes apoyar la cara en la pared", dijo, mientras el baño se llenaba de vapor. "Y separa las mejillas para mí". Oooh. Eso hizo que un rubor iluminara mi cara inmediatamente. Me incliné hacia delante, pero dudé antes de cumplir

su segunda orden. Desnudarme así, a la luz del día, me hacía sentir asquerosamente íntima. Debió de impacientarse ante mi vacilación, porque su mano no tardó en golpearme el culo. Grité más fuerte de lo necesario, más en protesta por los azotes que por el dolor. "Haz lo que te he dicho", me dijo. "O encontraré un tapón para ese agujerito y te obligaré a mantenerlo abierto para mí". Una parte de mí quería retarle a hacerlo. La otra parte estaba absolutamente desesperada por mi propio masoquismo. Obediente al fin, me agarré las mejillas con las manos y las separé. Le oí moverse y, por el rabillo del ojo, le vi arrodillarse de nuevo. "Sigue manteniéndote así para mí, Liz", me dijo. "Mantén la espalda arqueada. No rompas tu posición". Sólo podía pensar que me tenía preparada una tortura. En sólo unos segundos, me dio la razón. Su lengua empezó a recorrerme, chupando y lamiendo donde nunca había esperado que nadie pusiera la cara de buena gana. Su mano jugueteó con mi clítoris y empecé a gemir, apenas capaz de mantenerme en pie en la posición en que me había colocado. Estaba expuesta, mi piel tensa bajo su lengua. Mis piernas empezaron a temblar mientras jadeaba con cada firme lametón. Hizo una pausa y sentí que apartaba la cara un momento. "¿Tienes lubricante?", dijo. Me las arreglé para negar con la cabeza. Las palabras no eran algo de lo que fuera capaz en ese momento. "¿Y vaselina?" "Gabinete", conseguí decir. Se levantó, pero no me atreví a romper mi posición. Se dirigió al botiquín y sacó el envase transparente de gelatina espesa. "Métete en la ducha", me dijo, y afortunadamente rompí mi postura expuesta para meterme en el vaporoso chorro de agua. Me sentó de maravilla, me calentó la piel sobreestimulada y me alivió los músculos. Se metió después de mí y dejó la vaselina en el estante del jabón. "Hoy vamos a estirarte, pequeña", me dijo, con su cuerpo resbaladizo y húmedo contra el mío mientras sus manos me exploraban. "Voy a reclamarte por completo, y te va a encantar cada segundo".

Estaba aterrorizada, pero también quería suplicarle a Chris, sí, por favor, tómame. Me dio la vuelta para que mis pechos quedaran presionados contra las puertas de cristal de la ducha, y sus uñas me arañaron la espalda lenta y tentadoramente. Combinadas con el agua caliente, las marcas que dejaba creaban una quemadura que me hacía gemir. Le oí abrir la tapa del recipiente de vaselina y, de repente, sus dedos volvieron a explorarme, acariciando el lugar donde hacía poco había estado su lengua. "Ábrete para mí", me dijo. "Igual que antes". Apenas podía soportarlo. Estaba entre la humillación y el placer absoluto. Sus dedos estaban resbaladizos y el primero se deslizó dentro de mí con mucha más facilidad de la que recordaba. Respiré despacio, con cuidado, saboreando el lento mete y saca. Retiró el dedo por completo y luego volvió a introducirlo, de modo que cada vez que sentía la sensación completa, mis músculos se tensaban, se relajaban y se tensaban ante la inesperada intrusión. "Mantente abierta", insistió. Hizo una pausa con el dedo dentro de mí para presionarme la parte baja de la espalda. "Deja de curvar la espalda. Arquéate, nena, así". La posición mejorada hizo que su dedo penetrara aún más profundamente, y el esfuerzo de mantenerlo tensó los músculos de mi abdomen de tal manera que cada movimiento me parecía más intenso. Entonces me introdujo un segundo dedo. Me mordí el labio y gemí largo y tendido cuando empezó a darme placer de nuevo. Deseaba desesperadamente tocarme, aliviar el creciente dolor y el calor que sentía entre las piernas. El hecho de no poder hacerlo hacía que el placer se extendiera por todo mi

cuerpo, buscando estimulación en cada nervio. Sus dos dedos empezaron a hacer tijeras, estirando mis músculos ya de por sí probados. El calor de la ducha me hacía rodar gotas de sudor por la frente, y apreté los dientes mientras giraba la cara para mirarle. Su rostro estaba concentrado, intenso. Sus ojos parpadeaban entre la apretada entrada que estaba invadiendo y mi propia cara, observando cada expresión de dolor y placer que allí se manifestaba. "¿Qué tal un tercer dedo, nena?", murmuró, y se me revolvió el estómago al oír ese apelativo cariñoso. Pero negué rápidamente con la cabeza. "Te quiero dentro de mí", dije. "Por favor, Chris. Puedo soportarlo". Sonrió y me besó la mejilla. "Estoy orgulloso de ti, nena. Mantente abierta para mí entonces". Meforcé por hacer lo que me decía, mientras sus dedos se retiraban y volvía a coger la vaselina. Se untó bien la polla y extendió más sobre mi tierna entrada. Luego apretó la cabeza contra mí, y supe inmediatamente que aquello iba a ser totalmente distinto a lo de sus dedos. Incluso con aquella escasa presión, la entrada protestaba. "Relájate", me dijo tranquilizadamente. "Recuerda no tensar los músculos". Me rodeó con los brazos y me agarró los pechos con ambas manos mientras presionaba en mi interior. Estuve a punto de gritar, pero conseguí ahogarlo en una serie de jadeos desesperados y doloridos. "Shhh", me susurró al oído. "Tranquila, Liz. Tranquila. Eso es lo peor, ya ha pasado". Moviéndose lentamente, empujó más adentro de mí. El ruido estrangulado que escapó de mi garganta fue entre un sollozo y un grito de éxtasis. Sentí sus labios contra mi cuello, besándome y chupándome, activando los extraños puntos sensibles que me producían escalofríos en la espalda. A medida que mi cuerpo se dejaba llevar por él, su ritmo se aceleraba, con una plenitud tan extraña como increíblemente placentera. "Por favor, tócame", le supliqué. "Por favor. Quiero correrme". Accedió y sus dedos se movieron entre mis piernas. Me estremecí y me habría doblado si su otro brazo no me hubiera sujetado firmemente. "No te corras hasta que te dé permiso", me advirtió. "Y mantén esas mejillas abiertas. Si no, te follaré fuerte y no te dejaré correrte". Gemí ante sus exigencias, con las manos aún abiertas para él. Las caricias de sus dedos combinadas con la sensación apretada y resbaladiza de su deslizamiento dentro y fuera de mi culo me estaban llevando al orgasmo mucho más rápido de lo que esperaba. De algún modo, tuve que detenerme. Pero estaba sujeta, totalmente indefensa, incapaz de detener el placer y sin poder ceder a él. Sus dedos separaron mis pliegues para que mi clítoris quedara tenso y expuesto, y siguieron conduciéndome sin piedad hasta mi punto álgido. Mis piernas flaqueaban, mis músculos se apretaban insoportablemente alrededor de su longitud. "Chris, por favor, más espacio, vas a hacer que me corra", sollocé, jadeando en el aire vaporoso. Él siguió sin piedad, provocando a mi clítoris palpitante hasta mi punto de ruptura. "No puedo parar, Chris, ¡por favor! "Obedéceme, Liz", dijo, pero pude oír la diversión en su voz. Sabía que no podía obedecer. Sabía que iba a fallar y que podría castigarme por ello. Maldito sádico. "Chris, si dejas que me corra, puedes follarme tan fuerte como quieras", le dije, sabiendo que sólo tenía unos segundos para regatear y librarme de un castigo. "Mmm, ¿es así?", ralentizó muy ligeramente su frotamiento, alargando mi placer hasta un punto imposible. "Bueno. Si tienes tantas ganas de correrme... córrete para mí. Ahora". Cedí con gusto. Mi grito probablemente atravesó las paredes de mi apartamento, molestando a todos los vecinos de arriba, abajo y al lado. Que se quejen. Nada más importaba, excepto aquella exquisita liberación. Regodeándome en el resplandor, pero todavía

tentada por la sensación de tenerlo dentro de mí, dejé que me moviera con facilidad. "Sobre las manos y las rodillas", dijo, llevándome hacia abajo. El agua se derramó sobre mí, empapándome el pelo. Estaba hecha un desastre, mojada de todas las maneras posibles, aturdida por el placer. "Cabeza abajo. Eso es, buena chica. Ahora intenta no gritar". Me tapé la boca con la mano mientras me machacaba. Tenía los ojos en blanco y mi cuerpo se debatía entre el placer y el dolor. La estimulación era casi suficiente para llevarme a otro orgasmo por sí sola, mientras Chris maniobraba con pericia mis caderas para conseguir el mejor ángulo posible y llegar hasta lo más profundo de mí. El agua corría alrededor de mi cara, goteando en mis ojos, nariz y boca. Finalmente, a través de mis gritos ahogados, se liberó dentro de mí, gimiendo mi nombre. Me sacó y me levantó para que me sentara contra él en el suelo de la ducha, me giró la cara y me besó apasionada y profundamente. Entre las caricias de sus labios, me dijo: "Eres mía, Liz. Eres mía".

Ya no podía negarlo. Sentía algo por Chris Travis. La sola idea de que se fuera, de no volver a vivir otro momento junto a él, hacía que me doliera el corazón. Pero era un sentimiento diferente al que había tenido con Jay. Cuando me preocupaba perder a Jay -cosa que me ocurría a menudo, sobre todo durante el último año que estuvimos juntos- era con un terror desesperado, frenético. Era con el miedo de cumplir todas las formas en que se quejaba de mí, el fracaso definitivo. Con Chris, temía perder su conversación. La pérdida de su forma intensa y ardiente de mirarme. La pérdida de sus órdenes, de su tono firme y tranquilizador. La pérdida del placer más exquisito que jamás había experimentado. La pérdida de no saber nunca si estaba contento o satisfecho. No quería permitirme ni por un segundo pensar que me estaba enamorando de él. Pero ese pensamiento estaba ahí, enterrado en el fondo de mi mente, aguijoneándome cada vez con más frecuencia. "Sé una buena chica para mí", me dijo antes de marcharse, dándome un último beso profundo para que lo recordara. Sentí un hormigueo, estaba aturdida y con un subidón de endorfinas incluso cuando volví al campus para trabajar aquella tarde. Los clientes pasaban aturdidos. No podía recordar el último día que había pasado sin preocupaciones ni ansiedad. El último día había mirado mi borroso reflejo en los escaparates y me había sentido muy satisfecha con lo que veía. Ahora, la única preocupación que me quedaba era ésta: ¿podría atreverme a decirle que quería más? ¿Que no podía quedarme en esta tierra de nadie casual? ¿Me atrevería? ¿Y qué pasaría entonces? Pronto tendría que enviar mi solicitud para el programa de Estudiantes en el Extranjero, y él me había prometido escribir mi carta de recomendación. ¿Qué pasaría cuando me fuera a Europa durante un semestre, posiblemente durante un año? ¿Realmente quería ponerme en la situación de tener que preocuparme por si alguien me estaba esperando? "Oh, lo tienes mal, chica", dijo Sarah, sacudiendo la cabeza hacia mí. La había invitado a compartir el Ben & Jerry's después del trabajo, y todavía no había dicho ni una palabra sobre Chris. "¿Qué quieres decir?" dije, fingiendo toda la inocencia que pude. Fue un intento patético. Ella me miró lentamente, sus ojos revoloteando mientras los ponía dramáticamente en blanco. "Vamos, Liz", dijo. "Estás coladita por ese chico 'casual' tuyo. Puedo verlo en tu cara. Estás distante y soñadora". Agitó las manos. "Y puedo oler a un hombre por todo este sofá. Lo que significa que estuvo aquí un rato". ¿Qué clase de super-humana era? ¿Una especie de perro rastreador de romances? Me rendí, y suspiré el suspiro

más dramático y exagerado jamás suspirado. "No sé cómo sucedió esto, Sarah", dije. "Se suponía que iba a ser algo casual. Como un rebote de Jay. Pero él es tan... tan... traje este helado". Me miró con los ojos muy abiertos, con una cucharada en la boca. "Oh, cariño", dijo, alrededor de un bocado de Chunky Monkey. "Lo tienes en la palma de la mano". ¿Lo tenía? Aquello no parecía coincidir del todo con las órdenes, los castigos y las disciplinas, y sin embargo, de algún modo todo encajaba en un sistema perfecto de cuidado y confianza. Tal vez estaba siendo la misma chica ingenua que había sido durante los últimos dos años, pero realmente no podía imaginar a Chris haciendo todo lo posible por ser amable sólo para conseguir lo que quería. Él simplemente... él no era así. Era sádico, despiadado y absolutamente pervertido, pero... no era un gilipollas. "Dile lo que sientes", dijo Sarah simplemente, como si fuera lo más fácil del mundo. "Y díselo pronto, antes de que todo se vuelva demasiado confuso, antes de que empiece a pensar en tener otras opciones". El enigma me molestó todo el fin de semana. Cada mensaje de texto fácil y coqueto que intercambiaba con Chris durante los días siguientes me incitaba a enviarle un mensaje largo declarándole lo que sentía. Pero no me atrevía. Me debatía entre decirme a mí misma que tenía razón al contenerme y gritarme por estar trágicamente equivocada y arriesgarme a perder la oportunidad. Como había dicho Sarah, sabía que Chris tenía que tener otras opciones. Sólo con ver cómo le miraban los alumnos ya lo sabía. Pero tal vez estaba destinado a quedarse así. El viernes seguía pensando en mis opciones. Chris había estado en el trabajo casi todo el día, así que había tenido tiempo de sobra para preocuparme sin ninguno de sus habituales mensajes de distracción a lo largo del día. Me había instalado para cenar cuando oí que llamaban a mi puerta. Sarah nunca llamaba a la puerta, pero era lo bastante tarde como para que Chris hubiera salido del trabajo. Esperando una visita sorpresa, dejé la cena sobre la mesa y abrí la puerta con una sonrisa expectante. Pero no era Chris. Era Jay. Estuve a punto de dar un portazo. Debería haberlo hecho. Pero la cortesía forzada y la sorpresa se apoderaron de mí. Me quedé mirándolo, incrédula al principio y luego, lentamente... asustada. ¿Qué quería? "Hola", me dijo, con una voz casi burlonamente alegre. "Espero que no sea un mal momento". Siguió mirando más allá de mí, dentro del apartamento, como si buscara algo. "Bueno, estaba a punto de cenar", dije, odiando lo tranquila e insegura que se volvió mi voz. "Así que sí. Es un mal momento". "¿Puedo entrar un ratito?", dijo, aunque en realidad no sonó como una pregunta. Empezaba a sentirme claramente incómoda. Negué con la cabeza. "No. No puedes. No quiero verte". Estaba a punto de cerrar la puerta, pero su pie la detuvo con firmeza. Cerré los ojos y respiré hondo para tranquilizarme. ¿Qué demonios estaba haciendo? "Liz, estoy preocupado por ti", dijo, y casi podría haber creído que estaba realmente preocupado por la expresión de sus ojos. Casi, si no hubiera sabido que Jay Maitland realmente no sentía empatía hacia otros humanos. "Mueve el puto pie", siseé. "He dicho que no quiero verte". Su mano se unió ahora a su pie, presionando contra la puerta con una inamovible demostración de fuerza. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Gritar? ¿Pedir ayuda? Sentía la voz ahogada en mi interior por mi propia incertidumbre. "Vamos, Lizzi", dijo, empujando la puerta para que yo tuviera que retroceder. Entró sin dejar de mirar a su alrededor con escepticismo. "No tengas miedo de pedir ayuda". "¿De qué demonios estás hablando?". Empecé a pensar que este era el punto en el que necesitaba llamar a la

policía. Pero mi teléfono estaba en el sofá y Jay me tenía acorralada contra la pared junto a la puerta. Esperaba desesperadamente que pasara alguien, cualquiera, y viera lo que estaba pasando. Pero no venía nadie. Estábamos solos. Yo estaba sola. La cara de Jay era un remedo de preocupación, una máscara cuidadosamente construida sobre la ira que yo había aprendido a esquivar de puntillas durante años. Charles, viendo de repente la oportunidad que se le presentaba, salió corriendo hacia la puerta. Intenté detenerlo, pero Jay me empujó hacia atrás y Charlie se escabulló por la puerta, corriendo por el pasillo. "¡Charles!" Lo perseguí desesperadamente, y Jay cerró la puerta de un portazo. "¿Podrías olvidarte de ese maldito gato por un minuto?" Me espetó. "Te vi con nuestro profesor, Liz. ¿El Sr. Travis? Sí, lo vi..." Hizo una pausa, como si buscara las palabras que calaran más hondo. "Lo vi abusando de ti en el estacionamiento". ¿Molestándome? Me habría reído si no hubiera estado tan asustada. La sola idea era tan absolutamente ridícula, tan ridículamente errónea, que no podía imaginar por qué había elegido expresarlo de esa manera. Pero mientras se alzaba sobre mí, la cruel chispa de sus ojos me decía que sabía que estaba equivocado. De eso se trataba. "¿Crees que las autoridades escolares no se tomarán en serio una denuncia de violación? Intentó tocarme la cara y le aparté la mano de un manotazo, lo que hizo que se enfureciera. "Tu perverso profesor perderá su trabajo inmediatamente, Liz. Como debe ser. Es un peligro, se aprovecha de las estudiantes..." "¡Estás lleno de mierda!" Grité, tratando de empujarlo. En lugar de eso, me agarró dolorosamente de los brazos, inmovilizándome contra la pared. De nuevo quise gritar, pero los sonidos fueron sofocados en mi interior, intimidados hasta el silencio. "No te preocupes, Liz -siseó, con su aliento caliente en mi cara. No podía mirarle. Miraba al suelo, esperando, deseando desesperadamente que se fuera. Que me dejara en paz. Déjame en paz, por favor. "Me aseguraré de que ese gilipollas perverso reciba lo que se merece." "Déjalo en paz, joder", le supliqué, con la rabia y el miedo poniéndome enferma. No podía ser débil. No seas débil, Liz. Pero él era más fuerte. No podía moverme. No podía luchar contra él. No podía hacer nada. "¿Por qué debería?", se rió. "Recuerda, todavía me importas, Liz. No quiero que arruines tu reputación". Estaba disfrutando de lo asustada que estaba. El poder que tenía sobre mí. "¿Por qué te importa lo que hago?" Dije, tratando de no dejar que las lágrimas de rabia corrieran por mis mejillas. "¿Por qué coño te importa? Tú elegiste dejarme, Jay. Entonces, ¿por qué no puedes dejarme en paz? No te importo, ¡no finjas que te importo! ¡Déjanos en paz a Chris y a mí!" "¿Tú y Chris?" se burló. Esta vez forzó su mano en mi cara, acariciando a lo largo de mi mejilla de una manera áspera, posesiva. "No quiero que te lances a algo antes de estar preparada. Sé que la ruptura fue dura para ti. Sé que, si pudieras elegir, aún me querrías de vuelta". Intenté apartar la cara, intenté alejarme de su contacto todo lo que pude. "Estás loco", dije, mirando fijamente a la pared del fondo, negándome a mirarle a los ojos. "Estás jodidamente loco, Jay". Me tiró de la cara hacia él y sus dedos me pellizcaron con fuerza las mejillas. Hice un esfuerzo, pero fue inútil. Le miré fijamente a los ojos, vibrantemente azules y horriblemente crueles. "No puedes olvidarte de mí, Liz", gruñó. Sabía lo que se avecinaba y sabía que no podría evitarlo. Incluso anticipándolo, no lo hizo más fácil cuando su boca aplastó la mía. El sabor de su saliva me resultó amargamente familiar. Inmediatamente me entraron ganas de vomitar. En cuanto me soltó, le di un fuerte empujón en el pecho y me alejé dando

tumbos. Tenía la cara caliente por las lágrimas. "Lárgate de una puta vez", dije, señalando la puerta con el dedo. "Lárgate antes de que llame a la policía". Se fue dando un portazo. Me abalancé sobre ella de inmediato, tiré el cerrojo y me desplomé en el suelo, con la cara enterrada entre las manos. Sentía una opresión abrumadora en el pecho que no me permitía respirar, y mucho menos conseguir llorar más allá de las lágrimas silenciosas que me corrían por la cara.

Tenía que llamar a alguien. Tenía que levantarme. Tenía que encontrar a Charles. Pero no me atrevía a abrir la puerta. Tenía miedo de salir, miedo de que todavía estuviera allí. ¿Tenía que llamar a la policía? Me acerqué a mi teléfono, borroso por mis ojos llenos de lágrimas, y vi un mensaje de Chris. Siento haber salido tan tarde. ¿Qué tal el día? Empecé a sollozar y, de alguna manera, conseguí pulsar el botón de llamada. Sonó dos veces y la voz de Chris se colgó. "Hola, preciosa", me dijo. "Llevo todo el día pensando en ti. Pensé en esto realmente..." "Chris", se me quebró la voz al hablar. Resoplé. "Chris, ¿puedes... ¿Puedes venir, por favor? Pude sentir su urgencia de inmediato. "Por supuesto. ¿Qué te pasa? "I . . ." Estaba avergonzada. Avergonzada. ¿Por qué había abierto la puerta? ¿Por qué no había pedido ayuda? "Perdí a Charles. Salió. Por favor. Yo sólo... necesito ayuda". "Dame diez minutos, Liz", dijo. Le oía mover cosas y el tintineo de las llaves. "Enseguida voy". Estaba acurrucada en el sofá cuando oí que llamaban a mi puerta. Mi corazón empezó a latir con fuerza. Abrí el teléfono, llamé a Chris y me sentí aliviada al oír el timbre al otro lado de la puerta. "Estoy aquí", me dice al descolgar. Suspirando aliviada, abrí la puerta y lo vi de pie, con Charles ya en brazos. "Estaba paseando por los ascensores. Se me acercó". Apenas pude coger a Charlie en brazos antes de echarme a llorar de nuevo. Enterré la cara en su espeso pelaje blanco y sollocé, con los hombros temblorosos. Sentí que Chris me rodeaba con sus brazos, guiándome suavemente de vuelta a la casa y cerrando la puerta. "Eh, eh, Liz, Dios mío, no pasa nada", dijo. Charles se soltó y corrió de inmediato hacia su plato de comida, sin que su pequeña aventura le causara ningún daño. Me temblaban las manos y la opresión en el pecho me impedía respirar. Chris me sentó de nuevo en el sofá, me levantó la cabeza y la sostuvo entre sus manos mientras yo temblaba y resollaba, tratando de convencer a mi cuerpo de que me permitiera la más mínima bocanada de aire. "Empieza a respirar, Liz", me dijo suavemente. Volvió a acariciarme el pelo con los dedos y me masajeó el cuello. Con firme y cuidadoso control, me empujó hacia atrás, de modo que quedé recostada contra el reposabrazos del sofá. Me cogió las muñecas con las manos y me las bajó suavemente hacia los costados. Con una mano apoyada en la frente, me dijo: "Levanta las piernas y ábre las para que las caderas se relajen. Eso es. Los pies juntos. Tira de ellos hacia arriba para liberar los músculos de la cadera. Ahora respira, por favor. Respira". Hice lo que me dijo. La postura me pareció ridícula al principio, hasta que la tensión y el pánico empezaron a disiparse. Por fin mis pulmones me permitieron respirar profunda y temblorosamente. Cerré los ojos, saboreando el calor de su mano sobre mí. La mano que no estaba apretada contra mi frente me frotaba los brazos, suaves movimientos reconfortantes que coincidían con mi respiración. "¿Qué has hecho?" dije, aún sin querer abrir los ojos. "Ángulo Reclinado", dijo. "Es una postura de yoga. Puede ayudar a aliviar el pánico y la ansiedad". "Así es", murmuré. "Ayuda". Abrí los ojos y lo miré agradecida, sintiéndome segura de nuevo. Me incorporé y me

acerqué para apoyarme en su hombro. Me abrazó y me besó en la frente. "¿Tanto miedo tenías por Charles?", dijo. "¿O pasó algo más?" Por su tono, sabía que ya se había dado cuenta de que era lo segundo. Di un suspiro tembloroso y negué con la cabeza. No quería decirlo. No quería decírselo. "Liz", me acarició la barbilla con la mano, inclinando la cabeza hacia atrás para que lo mirara. La preocupación en sus ojos me hizo querer enterrarme aún más contra él. "¿Qué ha pasado? Háblame". "Jay vino a verme", dije con dificultad, e inmediatamente me apoyé en su regazo, enterrando allí la cara para no tener que mirarle. Lo sentí tensarse de inmediato y me sentí mal. "No quería irse. Le dije que se fuera, Chris". "¿Te ha hecho daño?" Su voz era áspera, apenas controlada. Nunca le había oído emplear ese tono. "Dijo que contaría al consejo escolar que te había visto abusar de mí", me atraganté. "Dijo que haría que te despidieran. Realmente intenté que se fuera...". "Te creo, cariño, pero por favor: ¿te hizo daño?". Su voz era desesperada, frustrada. Asustada. Apreté la cara con más fuerza, como para amortiguar lo que estaba a punto de decir. "Me besó", dije, odiando cómo sonaban las palabras. Quería hacerme el ovillo más pequeño posible. Quería esconderme. "Realmente traté de detenerlo, Chris, él sólo... Lo siento. . ." Me dio la vuelta, obligándome a sacar la cara de mi escondite, para que me tumbara boca arriba con la cabeza en su regazo. "No te atrevas a pedirme disculpas", dijo, sus manos temblando mientras me agarraban la cara. "No te disculpes en absoluto. ¿Has llamado a la policía?" "N-no", dije lentamente. "¿Quieres llamarlos?" Podía imaginarme el interrogatorio. ¿Conocía al intruso? Sí. Mi ex. ¿La lastimó físicamente? Me forzó a besarme. ¿La amenazó con violencia? No. No había marcas ni moretones en ninguna parte de mi cuerpo. Incluso las marcas rojas del agarre de sus manos en mis brazos estaban desapareciendo rápidamente. "No", dije en voz baja, avergonzada de mi respuesta. No quería tener que contárselo a más gente, someterme a las preguntas y al escepticismo. Además, ¿de qué serviría? "Lo entiendo, cariño", dijo. "Lo comprendo. No llores, pequeña. No pasa nada". Me abrazó y me acarició la espalda hasta bien entrada la noche. Le habré hecho prometer que no me dejaría sola media docena de veces antes de quedarme dormida.

Chris me dijo que se quedaría conmigo si quería faltar al trabajo al día siguiente. Pero insistí en ir. No iba a dejar que Jay me asustara y me impidiera vivir mi vida. No ahora. Ni nunca más. De camino, llamé a mi operador para que cambiara mi número de móvil. Durante el tiempo de inactividad, bloqueé a Jay en todas las redes sociales que tenía. Ahora sólo tenía que preocuparme de verle en público, y de si se atrevía a venir a mi casa otra vez. Sinceramente, quería hacer las maletas y mudarme, pero en mitad del semestre y con un presupuesto ajustado, era imposible. No había muchas opciones de apartamentos baratos cerca de la universidad. "Puedes quedarte conmigo", ofreció Chris inmediatamente. "Todo el tiempo que necesites". Rechacé la oferta, pero pasé encantada la noche siguiente durmiendo en su casa. Pero la cuestión era que no podía esconderme de Jay para siempre. No podía seguir esperando que no apareciera. Tenía que enfrentarme a él, de un modo u otro. "No tengas miedo", dijo Chris, mientras me acostaba en su cama para dormir por primera vez. "No dejaré que te pase nada. Esto se arreglará". Aquella noche me besó con fervor y me agarró con tanta fuerza que me dolían los músculos. Me ató las muñecas y los tobillos, de modo que me abrí águila debajo de él. Indefensa, disfrutando de la gloria de la sumisión. Cada uno de sus

movimientos, desde el golpe seco de la fusta de cuero que había sacado de su baúl de juguete hasta el mordisco de sus dientes en el interior de mis muslos, me producían un hormigueo de sensaciones y anhelo. "No temas la falta de control", me dijo, susurrando por mi cuerpo mientras me pasaba la fusta por la columna. "No tengas miedo de confiar en mí". Con los ojos vendados y amordazada, dominaba todos mis sentidos. Disfruté de la tensión contra mis ataduras, disfruté luchando cuando sabía que no podía escapar. Confiaba en él. Claro que confiaba. Controlaba cada caricia, cada arañazo, cada mordisco, cada bofetada. Era consciente de mis expresiones, de mis pequeños ruidos. Escuchaba el momento en que mis gritos ahogados alcanzaban un tono que indicaba que el dolor era demasiado. Llevó mi frustración al límite, me puso al borde del orgasmo y luego me hizo retroceder hábilmente. Ciega y atada, sólo podía esperar lo que pretendía hacerme. Era emocionante, terapéutico. Me quitaba las preocupaciones que me atormentaban y las hacía insignificantes. Me obligó a entrar en el momento en que sólo estábamos nosotros dos, sólo su voz ordenándome y la experiencia de mi cuerpo. Hizo que tres palabritas que me aterrorizaba volver a decir se apretaran peligrosamente contra mis labios. El día antes de la clase, Chris volvió a asegurarme: "Confía en mí. Todo irá bien". Me debatía entre mi confianza en él y mis dudas. Quería creerle. Simplemente no podía ver un escenario en el que todo estaría "bien". Caminando hacia la clase, vi a Jay y Heather entrar delante de mí. Me dieron ganas de correr hacia ella, sacudirla, preguntarle si sabía cómo era realmente la persona con la que estaba. Pero me mordí el labio. Me encontré con la mirada de Jay cuando pasó sobre mí. Mantuve el rostro duro y no dejé que viera mi intimidación. Me senté en mi asiento de la parte delantera de la clase, con la cabeza hacia arriba, y esperé a que llegara Chris. Esperé esa oleada de alivio que siempre sentía cuando lo veía. Pero el profesor que llegó no era Chris. "Buenos días clase, soy la señora Tichmond. Me haré cargo de esta clase en sustitución del señor Travis, quien lamentablemente no podrá terminar el semestre debido a circunstancias personales." Sentí que el corazón se me helaba en el pecho. La mujer era de mediana edad, rubia y llevaba una plétora de broches con temática de bichos en el jersey que juraría que también había visto llevar a mi abuela. Tardó diez minutos en hacer funcionar el proyector, pero incluso cuando empezó la clase apenas pude oírla. Me quedé con la mirada perdida, con el teléfono apretado entre las manos, resistiendo el impulso de salir del aula y llamar a Chris inmediatamente.

¿Ya ha informado Jay a Chris? Pero seguramente los funcionarios del colegio habrían hablado con él... habrían hablado conmigo... habrían hecho algo para ver si lo que Jay decía era siquiera cierto. Pensé irracionalmente que tal vez habrían arrestado a Chris, antes de recordarme a mí misma que nada de lo que habíamos hecho era ilegal. Aun así, el corazón me latía con fuerza en el pecho. Miedo de haber arruinado las cosas para Chris. Arruinado su oportunidad de graduarse, de seguir trabajando en la escuela. No pude tomar ni una sola nota. En cuanto terminó la clase, ya lo estaba llamando. Sonó, y volvió a sonar, sin respuesta. Vamos Chris, ¿qué está pasando? Finalmente, oí el clic cuando descolgó. Antes de que pudiera saludarme, le dije: "¿Qué pasa? ¿Dónde estabas? ¿Por qué no estás dando clase?". "Cálmate, Liz", me dijo con suavidad, y me alivió oír la leve diversión en su voz. "Todo va bien. Estoy en el Quad tomando café, ¿podemos vernos allí?". "Sí, claro". Tenía casi una hora y media antes de mi próxima

clase. Había una larga pasarela entre el aparcamiento y los laboratorios de ciencias que me llevaría al Quad, así que giré y tomé ese camino. En cuanto lo hice, oí que alguien llamaba detrás de mí. "¡Lola!" Miré hacia atrás y se me revolvió el estómago. Era Jay. Heather ya no estaba con él. Nadie más caminaba en esa dirección. Me di la vuelta rápidamente, caminando más rápido. "Jay me está siguiendo, Chris", dije en voz baja. "¿Dónde estás?" Su voz fue inmediatamente seria. "En la pasarela junto al aparcamiento y el edificio de ciencias", intenté no sonar asustada. Jay no intentaría nada en pleno día, y en el campus universitario. Al menos, no creía que lo hiciera. "Liz, ¿podrías dejar de caminar y hablarme, carajo?". No me giré. No lo miré. Seguí caminando con la cabeza gacha. "Enseguida voy, Liz", dijo Chris. Sonaba tan tranquilo, todavía en control. A lo lejos, lo vi doblar la esquina de la pasarela. Al mismo tiempo, Jay me agarró del hombro y me hizo girar para mirarle. "¿Quieres dejar de huir de mí como un bicho raro?". Jay estaba justo en mi cara, su voz exasperada, su agarre todavía apretando mis brazos. "¿Ya estás lista para hablar conmigo? ¿Ahora que tu noviecito se ha escapado de clase?". "Aléjate de mí, Jay", dije, zafándome de sus manos y retrocediendo. Se burló. "No. Tengo tanto derecho a caminar por aquí como tú. Tú sólo..." Su voz se apagó en su garganta y sentí que otro brazo me rodeaba. Protector. Posesivo. Chris tenía la otra mano en el bolsillo y los ojos entrecerrados tras las gafas. Me encogí contra él. Jay lo miró de arriba abajo con escepticismo y luego sonrió. "¿Hay algún problema? preguntó Chris, y Jay sacudió la cabeza con el labio curvado. "Claro que no, señor T", dijo. "Quiero decir, supongo que ahora que ya no eres su profesor, en realidad no importa que te estés follando a mi ex menos de dos semanas después de romper". "Han pasado tres semanas, Jay", murmuré. "Cállate, Liz", dijo, dando un paso adelante agresivamente. "¿Por qué no admites que eres una zorrita asquerosa que no veía la hora de alejarse de mí para poder irse a follar a sus profesores?". Empecé a contestar, a protestar, a gritarle y a preguntarle por qué demonios debería importarle si de todos modos no quería estar conmigo, pero Chris me apretó el hombro y me hizo callar. "Creo que tienes que irte, Jay", dijo suavemente. "Da media vuelta y vete". Jay extendió los brazos, paseándose por la acera. "Es un país libre. Puedo caminar por donde quiera. No voy a permitir que esta zorra...", me señaló con el dedo, "y su perverso profesor me digan dónde no puedo...". Antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando, Chris se había apartado de mí, había cerrado la brecha entre él y Jay y le había dado un puñetazo en la boca. Durante un segundo, Jay y yo nos quedamos con la mirada perdida, atónitos, y entonces Jay cayó de espaldas, con la boca sangrando mientras miraba aturdido al cielo. Chris se volvió hacia mí, con una expresión de dolor en el rostro, limpiándose la mano en la camisa. Me quedé con la boca abierta. "Probablemente no deberías haber hecho eso en el colegio", murmuró, volviendo a rodearme con el brazo y llevándome como si no hubiera pasado nada. Por fuera, me quedé en silencio; por dentro, me alegré. Chris reflexionó: "Realmente creo que la posible suspensión mereció la pena. ¿Cómo aguantaste a ese gilipollas durante dos años? Espera, no". Levantó la mano. "No contestes. Vas a decir que la razón fue la estupidez y entonces voy a tener que azotarte por llamarte estúpido".

Estaba bastante seguro de que Jay abandonó nuestra clase después de eso. Heather siguió apareciendo, sola. Intenté sonreírle si alguna vez la veía. Sinceramente,

esperaba que, tanto si seguían juntos como si no, ella no tuviera que pasar por la misma mierda que yo. "Dejé el curso de magisterio por mi cuenta", me había dicho Chris. "Por eso tuve esa reunión con mi profesor. Supuse que como sentía que las cosas se estaban poniendo más... serias, a pesar de lo que dijiste que querías, debía admitirlo ante alguien por adelantado. Así que mi profesor arregló que yo hiciera el curso el año que viene. Dijo que no era la primera vez que pasaba algo así". Me sentí aliviado, en todos los sentidos posibles. Jay ya no me molestaba, y Chris y yo ya no andábamos a escondidas por el campus. Quedamos para tomar un café entre clase y clase, y Sarah por fin lo conoció sin ser un desastre borracho. Casi gritó cuando pasó por Starbucks y nos vio sentados juntos. "Madre mía, qué monos sois", dijo, dándome un abrazo asfixiante alrededor del pecho. "Espera, espera, déjame hacer una foto". Se apartó y nos sacó una foto con su teléfono, sonriendo sobre nuestras tazas de café, Chris cogiéndome de la mano a través de la mesa mientras yo me sonrojaba furiosamente. Fue la misma foto que usamos ese mismo semestre para oficializar nuestra relación en Facebook.

"¿A quién perteneces?" "A usted, señor". Una tela oscura de algodón me cegó. Correas de cuero abrazaban mis miembros y me separaban. Estaba tumbado boca arriba en su cama, desnudo y ciego. Listo y dispuesto. Sentí el crujido de la cama y su aliento en mi cara. Delgadas sensaciones de cuero recorrieron mi pecho, entre mis pechos y sobre mi ombligo. "¿A quién perteneces?", insistió. Tragué saliva mientras los estremecimientos de excitación me inundaban. Mis ataduras eran una promesa de lo que estaba por venir: Necesitaba que me sujetaran. Controlada. Perfectamente cautivada. Una pequeña sonrisa curvó mi boca, nerviosa y excitada a la vez. "Pertenezco a Chris Travis, señor". Las palabras eran tan dulces como el azúcar en mi lengua. Me encantaba decirlo, y sabía que a él también le encantaba oírlo. Ahora que no podía negarlo, aprovechaba cualquier oportunidad para recordármelo y confirmármelo: ¿a quién pertenecía? El látigo de cuero me acariciaba entre las piernas, amenazando mis zonas más sensibles con su engañosa suavidad. Exhalé profundamente para calmar la energía que se acumulaba en mi interior; la adrenalina me decía que me preparara para el dolor, aunque mis partes bajas trataban de prepararse para el placer. El flogger acarició el interior de mis muslos, haciéndome saltar y estremecerme al despertar mis nervios más sensibles. Siguió bajando, explorando mi carne y preguntándome dónde golpearía. "Estás preciosa, Liz", me rodeó la voz oscura y suave de Chris, mi luz de guía en la oscuridad. Podía imaginármelo de pie junto a la cama, con el pelo rubio alborotado, sin camisa, los vaqueros desabrochados y el látigo en una mano firme y dominante. La imagen me hizo morderme el labio y estuve a punto de decirle que él también estaba guapísimo. "Me encanta verte así", dijo, moviendo la voz mientras caminaba alrededor de la cama. Me retorcí, probando mis grilletes sólo para sentir la firmeza con la que me sujetaban. "Indefensa, necesitada, desesperada por una caricia. Completamente a mi merced". El flogger me mordió los pechos, con más escozor e impacto que verdadero dolor. Sin embargo, jadeé, cortada en seco por otro fuerte golpe. Sentí un fuerte impulso de cubrirme, y mis brazos se tensaron inútilmente. Luchar en vano me puso caliente, aún más húmeda que antes. "¿Dónde te azotaré, Liz?" dijo Chris con curiosidad. "¿Aquí, en

tus tiernos pezones?" El látigo apenas los rozó. "¿O en este coño necesitado?" De nuevo, el látigo se burló de su víctima potencial. Gemí ante la posibilidad de elegir. Mi cerebro racional decía que eligiera lo primero. Mi cruel y masoquista yo interior quería elegir lo segundo.

"¿Y bien?", me insinuó cuando habían pasado varios segundos sin que respondiera. "Dime lo que quieres, nena. O yo elegiré por ti". "¡Coño!" dije rápidamente, arrepintiéndome casi de inmediato tanto de mi elección que gemí un poco más y me retorcí en la cama. Chris se rió. "¿Eso pretende ser una respuesta total y completa, o me estás insultando? Dime lo que quieres". "Quiero que me azotes el coño, por favor, señor", dije, ahogando las palabras y casi chillando al hacerlo. La lucha o huida era fuerte y agradecí estar atada. Aunque ahora había momentos en los que disfrutaba luchando contra él sin ataduras, jugando a negarme pero siempre deseosa de ceder, cuando él utilizaba sólo la fuerza de su cuerpo para controlarme. Había una intimidación especial en eso, que había llegado a desear tanto como el control cuidadoso y metódico que ejercía con correas y cadenas. "Qué buena chica eres", me dijo. "Hoy estás intentando ganarte tu recompensa, ¿verdad?". Hizo una pausa, y en el silencio gemí suavemente, preguntándome cuándo volvería a azotarme. Me sobresalté cuando habló. "Mmm, estamos un poco más limitados de tiempo de lo que pensaba. Tu final empieza en sólo una hora". "¡Por favor, no pares!" Le dije. Él anteponía mis estudios a cualquier otra cosa, y había terminado una sesión demasiadas veces porque descubrió que no había estudiado, o que tenía un examen a la vuelta de la esquina. No había nada más frustrante que intentar estudiar después de que me denegaran el permiso. "Supongo que eso significa que tendré que ser más duro contigo, nena", dijo, divertido. "Espero que un poco de dolor te recuerde lo que pasará si suspendes el examen final. Estudiaste, ¿verdad?" "Sí", gemí, frustrada por el cambio de tema. Oí un silbido y el látigo aterrizó entre mis piernas, punzándome cada parte tierna. Chillé y mis piernas se tensaron cuando Chris chasqueó la lengua en señal de desaprobación. "No me hables en ese tono. Ahora sí que te lo has ganado". Los azotes de Chris eran despiadados, alternando entre lentos y rápidos, con largas pausas que me hacían retorcerme y temblar de anticipación. El flogger golpeaba el interior de mis muslos con un escozor insoportablemente creciente, y cada golpe sobre mi clítoris me empujaba más cerca de excitarme mágicamente. No tardé en jadear con cada golpe y mis gemidos aumentaron de volumen hasta que me hizo chillar. De repente, se subió a la cama entre mis piernas. Su aliento recorrió mis muslos punzantes mientras yo temblaba y acallaba mis gemidos. Sus labios me besaban a lo largo de las piernas y sus dientes mordisqueaban de vez en cuando mi carne castigada. Mis jadeos se llenaban ahora de placer sin aliento, el deseo desesperado me invadía. Intenté arquear la espalda y elevarme hacia él, prácticamente exigiéndole que pusiera su boca sobre mí. Se rió mientras se recostaba sobre su pecho. Tenía los ojos clavados en mí, observando mi disposición, mi desesperación: Lo notaba incluso con los ojos vendados. De repente, su dedo se deslizó entre mis labios inferiores, resbaladizo por la humedad, presionando apenas dentro de mi entrada. "Tendrás que irte dentro de diez minutos, nena", me dijo, sin dejar de acariciarme con el dedo. "No creo que sea tiempo suficiente para que te corras". "¡Sí que lo es!" insistí, tratando de acercarme más a él. Me dio un golpe con la palma de la mano abierta en el muslo ardiente, haciendo que dejara de forcejear. "Oh,

no, no, no lo es", susurró. "Especialmente no para chicas exigentes como tú. Pero ya que estás tan deliciosa...". Su boca me envolvió. Me eché hacia atrás, gimiendo mientras su lengua hacía círculos alrededor de mi clítoris, chupando y acariciando. Me devoraba como un hambriento, y al poco rato mi volumen aumentaba, cada músculo se tensaba mientras el placer me enloquecía. Estaba al borde del orgasmo, allí mismo, tan cerca... Su boca me abandonó. Su aliento jadeó contra mí, caliente y estimulante. Grité pidiendo más, tan exigente como siempre. Sabía que me sonreía. Se puso en cuclillas sobre mí, besándome y chupándome el cuello, con la barbilla húmeda de comerme. "Liz", susurró, justo en mi oído. "¿A quién perteneces?" "Le pertenezco a usted, Chris, señor", dije desesperada, cada parte de mí deseando liberarse. "Por favor, no pares, Chris. Por favor. "Si paro ahora, tendrás algo que esperar después de clase", dijo, y yo casi gruñí mi frustración. Me agarró de la barbilla, llamando mi atención. "Puede que ya no sea tu profesor, pero aún puedo enseñarte muchas cosas. La lección de hoy es paciencia". Me soltó las muñecas y supe que el juego había terminado. No podía sentirme decepcionada, sólo frustrada y estimulada más allá de lo imaginable mientras me quitaba la venda de los ojos. Con las manos libres, me agarré a su cuello para darle un beso profundo, el tipo de beso que prometía más en cuanto él lo permitiera. Me sonreía, con esa sonrisa tensa y controlada que usaba cuando intentaba mantener su dominación severa y dominante. "Sé una buena chica para mí", me dijo en voz baja. "Y vuelve esta noche". "No tienes que decírmelo dos veces", dije, con una sonrisa pícaro. Estaba aturdida cuando me levanté de la cama para prepararme para ir a clase, corriendo a lavarme la cara y cepillarme el pelo. En el espejo, alcancé a ver las marcas recién formadas en mi cuello, rojas y moradas, vasos sanguíneos rotos como testimonio de nuestra pasión. Yo era suya. Corazón y cuerpo, todo suyo. Y él... él era mío.

EL FIN ([PayPal](#))